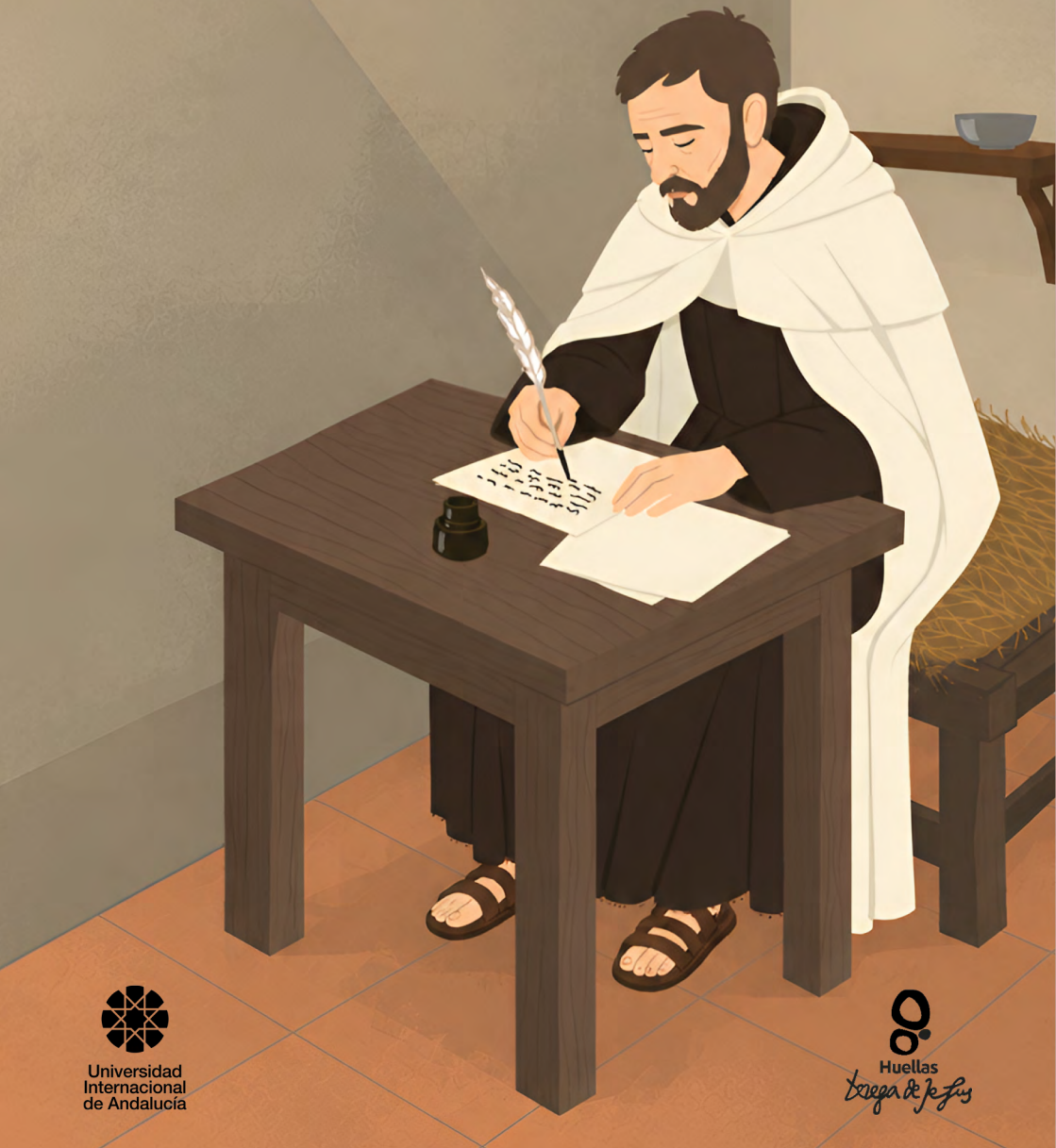
EMILIO JOSÉ MARTÍNEZ GONZÁLEZ

San Juan de la Cruz
Rostro Humano del Misterio

Versión de Dilee Lectura Fácil



Universidad Internacional de Andalucía

Huellas

Emilio José Martínez González
nace en Madrid, en 1964.

Es carmelita descalzo, sacerdote, profesor y escritor.

Estudió Teología
en la Universidad Pontificia de Salamanca
y se doctoró en Teología Moral.

Es especialista en espiritualidad
y, en especial, en la vida y obra
de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Ha sido profesor en varias instituciones
y desde hace años trabaja como profesor
en el Teresianum de Roma.

Ha escrito muchos libros y artículos
sobre espiritualidad y sobre el Carmelo.
Entre sus obras destaca
Tras las huellas de Juan de la Cruz. Nueva biografía,
publicada en 2006.
O *Gandhi. Experiencia de Dios y exigencia ética,*
publicada en 1999.

Entre 2009 y 2015
fue Vicario General de los Carmelitas Descalzos.
Y en 2026 fue nombrado presidente de la Facultad
Pontificia Teológica Teresianum de Roma.

Su trabajo se centra en estudiar
y dar a conocer la espiritualidad
de los grandes autores del Carmelo,
como Santa Teresa de Jesús,
San Juan de la Cruz
y Santa Teresa de Lisieux.

San Juan de la Cruz
Rostro Humano del Misterio

San Juan de la Cruz
Rostro Humano del Misterio

Emilio José Martínez González

Versión de Dilee Lectura Fácil

Universidad
Internacional
de Andalucía

Edición no venal auspiciada por la Red Huellas de Teresa
y la Universidad Internacional de Andalucía.

Primera edición en Lectura Fácil: noviembre de 2026.

Universidad Internacional de Andalucía
C/ Américo Vespucio, 2
Isla de la Cartuja. 41092 Sevilla
www.unia.es
publicaciones@unia.es

Huellas de Teresa de Jesús
C/ López Núñez, 4
05001 Ávila
www.huellasdeteresa.com
secretaria@huellasdeteresa.com

© **de la edición original:** Grupo Editorial Fonte
© **de esta edición:** Universidad Internacional de Andalucía
© **de la adaptación:** Dilee Lectura Fácil SCE

Autor: Emilio José Martínez González
Adaptación a Lectura Fácil: Ángela García Gallego y Ángela Pajuelo Benítez
Maquetación: Dilee Lectura Fácil SCE
Coordinación de proyecto: Ángela García / Dilee Lectura Fácil SCE

Depósito legal: SE 3755-2026
ISBN versión impresa: 978-84-7993-441-5
ISBN versión digital: 978-84-7993-442-2

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Este logo identifica los materiales que siguen las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Library Associations and Institutions) para personas con dificultades lectoras. Lo otorga la Asociación Lectura Fácil.
Para más información: www.lecturafacil.net

Índice

Presentación: Un hombre que buscó la luz 8

Presentación: Un legado para todos 12

1. Fontiveros, el pueblo donde nació 16

2. Medina del Campo:
donde aprendió y se unió a los carmelitas 22

3. Entre Medina del Campo y Salamanca:
conocer a Teresa cambió su vida 30

4. Juan de la Cruz y los carmelitas descalzos 40

5. Fray Juan llega a Ávila 50

6. Toledo: en una noche oscura 62

7. Por tierras de Jaén 70

8. Granada: años de luz 84

9. Al servicio de la orden 96

10. De nuevo en Andalucía:
los últimos días de Juan de la Cruz 104

Los escritos y enseñanzas de San Juan 114

Queremos expresar nuestro agradecimiento
a todos los historiadores, investigadores, biógrafos y expertos
que con su trabajo han ayudado
a conocer mejor a San Juan de la Cruz:
su familia, los lugares en los que vivió y trabajó,
sus dificultades, sus decisiones y su camino espiritual.
Los estudios de estas personas
han permitido descubrir documentos,
comprender mejor la época
y acercarnos a la vida real de Juan de la Cruz.
Gracias a su trabajo,
hoy podemos conocer su historia y disfrutar de ella
en obras como *San Juan de la Cruz:*
Rostro humano del misterio.

Presentación

Un hombre que buscó la luz

Hay noches que parecen no terminar nunca. Y, sin embargo, hasta en la más profunda oscuridad puede abrirse paso una luz. La vida de San Juan de la Cruz está hecha de noches y de luces: de pobreza, de conflicto y de encierro, pero también de una extraordinaria capacidad para convertir la experiencia en palabras. Quizá por eso, más de cuatro siglos después de su muerte, seguimos volviendo sobre su figura. Porque detrás del santo, del poeta y del Doctor de la Iglesia hay un hombre que buscó su camino y no se detuvo, aun cuando la senda se hizo difícil.

La Universidad Internacional de Andalucía incorpora *San Juan de la Cruz. Rostro humano del misterio*, de Emilio José Martínez González, a su colección "Siempreviva". Una serie que acerca los grandes nombres de nuestra cultura a toda la sociedad, gracias a la metodología de Lectura Fácil. Una labor que debo agradecer a Ángela García Gallego y Ángela Pajuelo Benítez, quienes con mimo han sabido eliminar barreras que limitan el acceso a la obra original para personas con dificultad lectora.

Este volumen nace, además, fruto de la colaboración con la Red de Ciudades Teresianas Huellas de Teresa. Un paso más en un camino que empezamos juntos con la reedición de *Así era Teresa de Jesús*, con la voluntad de contribuir a una cultura verdaderamente accesible para todos. De abrir nuevas ventanas a figuras históricas y profundamente inspiradoras, como fueron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Juan de Yepes nació en 1542 en Fontiveros, en la provincia de Ávila. Cuando tenía uno o dos años, una epidemia se llevó a su padre, Gonzalo, y a su hermano Luis, y la familia quedó en la miseria. Su madre, Catalina Álvarez, sacó adelante a sus hijos con trabajos de costura y con la caridad ajena, y hacia 1555 los llevó a Medina del Campo. Allí estudió, allí trabajó en un hospital y allí, en 1563, llamó a la puerta del convento carmelita de Santa Ana.

Su encuentro con Teresa de Jesús cambió su destino. Compartían una misma preocupación: renovar la vida religiosa y recuperar una forma de vivir el Carmelo basada en la sencillez, la oración, la responsabilidad y el amor fraterno. Teresa encontró en él a uno de los dos primeros frailes de su reforma; él encontró en Teresa una maestra y una madre espiritual. En 1568 se inauguraba en Duruelo el primer convento de carmelitas descalzos.

Pero esta no es una historia sencilla. La reforma dividió a la propia Orden del Carmelo y Juan quedó atrapado en el conflicto. Acabó encerrado nueve meses en la cárcel conventual de Toledo, en una celda donde apenas podía moverse. Allí pidió papel y tinta y empezó a escribir. Y de allí escapó una noche, descolgándose por una ventana con una cuerda hecha con sus propias mantas.

De aquella experiencia nace una de las imágenes centrales de su obra, y conviene nombrarla con precisión. La noche oscura no es el nombre de una desgracia: es el proceso, doloroso pero necesario, por el que el alma se despoja de aquello que la ata para poder amar de verdad. Toledo no fue esa noche, fue lo que le dio palabras para contarla.

Lo que vino después ocurrió, en buena parte, en Andalucía. En 1579 llegó a Baeza para fundar y dirigir el colegio de San Basilio, el primero que los descalzos abrieron en esta tierra. No fue casual. Baeza era entonces ciudad universitaria, y fueron los claustrales de aquella universidad, cuya tradición continúa hoy la Internacional de Andalucía en su Sede Antonio Machado, quienes animaron a los descalzos a instalarse allí. Llegaron luego los años de Granada, sus años de luz, en los que escribió la mayor parte de su obra. Murió en Úbeda en 1591, apartado ya de todo cargo y en la paz de una vida sencilla.

Con este volumen, “Siempreviva” suma a San Juan de la Cruz a una colección que ya ha llevado hasta nuevos lectores a Cervantes, Rosalía de Castro, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Gustavo Adolfo Bécquer o Carmen de Burgos. Es una manera de mantener vivo nuestro patrimonio. No encerrándolo en las bibliotecas, sino poniéndolo en manos de quienes aún no lo conocen.

Ojalá estas páginas permitan descubrir al hombre que hubo detrás del santo y del poeta. Un hombre que conoció la pobreza, la amistad, la reforma, el conflicto, la prisión y el destierro, y que acabó sus días en paz, entre huertas y cartas de aliento. Un hombre que, aun en la noche, siguió buscando la luz. Y que nos dejó una certeza profundamente actual: que incluso los caminos más difíciles pueden conducir a un lugar de encuentro, de libertad y de esperanza.

José Ignacio García Pérez
Rector
Universidad Internacional de Andalucía
2026

Presentación

Un legado para todos

Acercar la figura de San Juan de la Cruz a todas las personas es, probablemente, una de las mejores maneras de celebrar los centenarios sanjuanistas que estamos viviendo. Toda conmemoración corre el riesgo de quedarse en el recuerdo del pasado si no es capaz de traducirse en una experiencia presente. Juan de la Cruz no pertenece únicamente a la historia, al patrimonio religioso o a la literatura universal. Sigue siendo un hombre capaz de interpelar a nuestro tiempo, de hablar al corazón de quien busca sentido, belleza, esperanza y profundidad en medio de un mundo acelerado.

Desde la Red de Ciudades Teresianas – Huellas de Teresa entendemos que custodiar un legado no consiste únicamente en conservar edificios, rutas, documentos o lugares vinculados a la vida de nuestros grandes maestros espirituales. Custodiar un legado significa, sobre todo, hacerlo accesible. Significa abrir caminos para que nuevas generaciones puedan descubrir la riqueza humana, cultural y espiritual que nos han transmitido Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Por eso acogemos con enorme satisfacción esta iniciativa impulsada junto con la Universidad Internacional de

Andalucía, UNIA. La adaptación de esta magnífica biografía a lectura fácil constituye mucho más que un ejercicio editorial: es un compromiso con la inclusión, con la igualdad de oportunidades y con el derecho de todas las personas a acceder a un patrimonio que pertenece a toda la sociedad.

La lectura fácil no simplifica el pensamiento; elimina barreras. No reduce la profundidad de una obra; facilita que esa profundidad pueda ser descubierta por quienes, por diferentes circunstancias, encuentran dificultades para acceder a textos convencionales. En definitiva, hace posible que nadie quede excluido del encuentro con uno de los grandes autores de la historia de la espiritualidad y de la literatura universal.

Esta convicción conecta plenamente con el espíritu que inspira la Red Huellas de Teresa. Desde hace años trabajamos para que las ciudades teresianas sean espacios vivos de encuentro, conocimiento y experiencia. Promovemos el patrimonio desde una mirada abierta, entendiendo que la cultura solo cumple verdaderamente su misión cuando genera inclusión, diálogo y participación.

San Juan de la Cruz fue un hombre que supo descubrir la inmensa dignidad de cada persona. Su biografía nos presenta a un niño nacido en la pobreza, un joven inquieto, un religioso capaz de atravesar la oscuridad sin perder la esperanza y un

poeta que convirtió la experiencia humana en uno de los lenguajes más bellos de nuestra literatura. Su mensaje no está reservado a especialistas ni a quienes poseen una amplia formación académica. Nació para ser compartido.

Queremos agradecer especialmente al P. Emilio José Martínez la generosidad con la que ha puesto al servicio de este proyecto una obra escrita desde el rigor histórico y el profundo conocimiento del personaje. Su capacidad para presentar el rostro más humano de San Juan de la Cruz encuentra ahora una nueva oportunidad para llegar todavía más lejos gracias al excelente trabajo realizado por el equipo de la Universidad Internacional de Andalucía.

Con esta edición damos un paso más hacia una cultura verdaderamente accesible. Una cultura que no establece fronteras entre quienes pueden comprender y quienes no; que no selecciona destinatarios, sino que invita a todos a participar del mismo patrimonio compartido.

Porque el verdadero legado de Juan de la Cruz no consiste únicamente en sus poemas o en sus escritos. Su mayor legado es haber mostrado que todo ser humano está llamado a recorrer un camino de plenitud, de libertad y de encuentro con la belleza más profunda de la existencia.

Ojalá estas páginas permitan que muchas personas descubran, quizá por primera vez, al hombre que se escondía detrás del gran místico. Y que, al hacerlo, comprendan que la luz que iluminó su vida continúa hoy invitándonos a caminar con esperanza.

Red de Ciudades Teresianas – Huellas de Teresa

1. Fontiveros, el pueblo donde nació

Juan de la Cruz se llamaba en realidad Juan de Yepes.
Nació en el año 1542,
en Fontiveros, un pueblo pequeño de Ávila.
Sus padres se llamaban Gonzalo y Catalina.
Juan fue el tercer hijo de la familia.

Algunos expertos dicen que nació a finales de año,
cuando la Iglesia celebra San Juan Evangelista.
Otros piensan que nació a principios de verano,
cuando se celebra San Juan Bautista,
y que por eso se llamaba Juan.
Pero no se sabe la fecha en la que nació
porque un incendio quemó la iglesia del pueblo
y los libros de bautismo con los datos de nacimiento con ella.

Así que, por este motivo,
tampoco se sabe con seguridad dónde nació.
Unos defienden, incluida la Universidad de Salamanca,
que nació en Medina del Campo,
lugar en el que pasó gran parte de su infancia y juventud.
Pero hubo muchos testigos de la época
que defendían que nació en Fontiveros.
Por eso hoy se dice que nació allí.

Cuando Juan nació, todavía reinaba en España el rey Carlos I.
Castilla era el territorio más poderoso del reino,
pero, aun así, había hambre y pobreza,
debido a las malas cosechas
y al gran gasto de las guerras que España tenía en Europa.

Fontiveros es un pueblo pequeño de la provincia de Ávila.
Está en una zona llamada la Moraña,
entre Arévalo y Peñaranda de Bracamonte.
En aquella época,
la mayoría de sus habitantes se dedicaba a la agricultura,
sobre todo al cereal, como el trigo, la cebada...
Por lo que la gente del pueblo sufrió mucho
esos años de malas cosechas.

La familia de Juan era pobre y humilde.
Sus padres, Gonzalo y Catalina,
eran tejedores artesanos.
Ellos hacían un tejido llamado burato.
El burato era un paño muy fino y transparente
que se usaba para hacer mantos
y que vendían a las familias de los agricultores del pueblo.
No era un producto de primera necesidad, como el pan.
Por eso, si la gente pasaba hambre, no compraba buratos.



Así que, como las cosechas fueron muy malas,
en 1540, 1542 y sobre todo en 1545,
los campesinos no tenían dinero para comprar casi nada.
Y esta crisis afectó también a la familia de Juan,
ya que además de que había poca comida,
nadie compraba sus telas.

Su casa se convirtió en un lugar de pobreza
y, a veces, de miseria.
Juan de la Cruz fue realmente un niño pobre.
Y para toda la vida sería ya "chico",
como decía Santa Teresa,
porque era de baja estatura y muy delgado,
lo más seguro que por el hambre que pasó.

La pobreza en Fontiveros fue tan grande
que también afectó al número de habitantes.
Muchas personas se fueron a otros pueblos
buscando una vida mejor.
Otras personas murieron por el hambre y las enfermedades.

Además, en 1540 aparece una enfermedad en el pueblo
que afecta a las familias más pobres,
la llamada "modorra" o "fiebre pestilencial".

Cuando Juan tenía solo uno o dos años,
esta enfermedad mató a su padre Gonzalo
y a su hermano Luis, el hijo mediano.
En la familia sobrevivieron: la madre, Catalina;
su hermano mayor Francisco
y el pequeño Juan.

Sin el padre,
la familia se quedó en una pobreza todavía más extrema.
Pasaron a ser lo que llamaban entonces
"pobres de solemnidad":
personas muy pobres,
conocidas por todos como necesitadas de ayuda.

A pesar de su pobreza,
parece que Catalina se quedó en Fontiveros
algunos años más.

Francisco, el hijo mayor,
vivió algún tiempo en Arévalo,
donde encontró esposa.
Sin embargo, lo más probable
es que Juan se quedara en Fontiveros con su madre.

Ellos vivían de las limosnas que recibían,
de los pequeños trabajos de costura que hacía Catalina
y del trabajo de Catalina como **nodriza**[1].

Alrededor del año 1555,
la familia de Juan se fue de Fontiveros
y se trasladó a Medina del Campo,
una ciudad importante de la provincia de Valladolid.
Se fueron allí porque era una ciudad más rica,
con ferias comerciales y más ayudas para los pobres.

En Medina del Campo, el niño Juan de Yepes
recibió una buena educación,
gracias a recursos municipales y de la Iglesia,
y descubrió su vocación o deseo de ser carmelita,
es decir, religioso de la Orden del Carmelo.

Allí comenzó el camino
que le llevaría a ser San Juan de la Cruz,
un gran **místico**[2] y poeta de la Iglesia.

---

1 Una nodriza es una mujer que amamanta y alimenta con su leche a un bebé que no es su hijo.

2 Un místico es una persona que siente una relación muy cercana y especial con Dios o con lo espiritual.

2. Medina del Campo: donde aprendió y se unió a los carmelitas

Medina del Campo
era una de las ciudades más ricas de Castilla
en tiempos de San Juan de la Cruz.
Por eso, Catalina Álvarez, la madre de Juan,
fue allí con sus hijos
buscando un lugar que les ofreciera una vida mejor.
En esa época, mucha gente que huía del hambre
llegó a la ciudad para buscar ayuda en sus centros de caridad.

El viaje a Medina del Campo fue, casi seguro,
el primer gran viaje que Juan hizo en su vida.
Un viaje que no hizo en carro ni a caballo, sino a pie.
El primero de tantos caminos que recorrió
y en los que se cruzaba con muchos otros pobres como él,
que buscaban un lugar mejor donde vivir.

Juan recordará este viaje en su época de escritor.
Escribirá sobre esas personas que, a veces,
no dejan que Dios las ayude,
igual que un niño cuando quiere caminar solo,
sin la ayuda de su madre,
a pesar de que así avanzará más lento.

Gracias a los estudios históricos
sabemos que la familia de Juan vivió
en el **arrabal**[3] de Barrionuevo hacia 1561.
Una zona que estaba a las afueras de Medina del Campo
en la que vivían tanto familias trabajadoras como pobres.
Allí vivió Catalina,
su hijo Francisco, casado ya con Ana Izquierdo,
y el pequeño Juan.

Catalina, Francisco y Ana
se dedicaban a trabajos de poca importancia y mal pagados.
Por ejemplo:
Recogían niños abandonados en las puertas de los conventos
y los apadrinaban.
Y se ofrecían como padrinos de bautismo de otros niños,
no solo como gesto de cariño,
sino para ganar algo de dinero por ello.
En algunos documentos,
Catalina y Francisco aparecen como "burateros",
es decir, tejedores de un tejido llamado burato.
Seguro que para no presentarse como simples pobres
delante de los sacerdotes.

---

3 El arrabal es la zona que está a las afueras de una ciudad,
y que, antiguamente, estaba separada de la parte principal de la ciudad.

Francisco,
el hermano de Juan de la Cruz,
era un hombre sencillo, generoso y bondadoso
y Juan lo quería mucho.

Pero mientras su hermano
nunca tuvo un oficio o trabajo fijo
y siempre vivió de las limosnas y de la caridad,
Juan de Yepes tuvo la posibilidad de ir a la escuela
en Medina del Campo.

Su madre había intentado
que Juan entrara como aprendiz en algún taller,
para ganar algo de dinero
y aprender un oficio útil para el futuro.
Pero como no consiguió entrar en ninguno,
lo llevaron a estudiar al colegio de los doctrinos,
una institución muy valorada en Castilla.
La misión del colegio era recoger a los niños pobres
y ofrecerles una educación.
Así evitaban que se convirtieran en delincuentes,
en un problema para la ciudad
o incluso que contagiaran enfermedades.

En este colegio,
Juan de Yepes aprendió a leer y escribir,
a contar, y también a rezar,
porque en este colegio era esencial
enseñar a los niños la **doctrina cristiana**[4],
de eso recibía su nombre.

En los doctrinos también se podía aprender un oficio,
para que cuando acabaran sus estudios,
pudieran trabajar con algún artesano.

Aunque Juan no era muy hábil para los oficios,
los responsables del colegio
se dieron cuenta de que era un joven inteligente.
Por eso, cuando terminó sus estudios allí, en 1559,
lo enviaron al colegio de los jesuitas.
En este colegio se enseñaban
las llamadas "artes" o humanidades:
filosofía, retórica (arte de hablar y escribir bien),
historia, literatura y gramática.

Cuando Juan de la Cruz iba al colegio de los jesuitas,
trece jesuitas daban clase en el colegio.

---

4 La doctrina cristiana es el conjunto de enseñanzas y creencias de la religión cristiana sobre Dios, Jesús y cómo deben vivir las personas según su fe.


COLEGIO
DE LOS
DOCTRINOS
MEDINA
DEL CAMPO
SUMMA
Theologiae

Algunos eran famosos por sus libros,
como Astete o Ripalda.
Pero entre todos ellos,
y aunque no fuera tan conocido,
destaca Juan Bonifacio,
un gran educador y **pedagogo**[5]
que influyó mucho
en la formación y forma de ser de Juan.

Bonifacio fue el impulsor
de enseñanzas modernas y humanistas
que completaban la educación de los jóvenes.
Enseñaba latín y, a veces, griego,
leyendo autores como Cicerón, César, Virgilio u Ovidio.
Los alumnos representaban
obras basadas en los clásicos
y también en la Biblia.
Así fue como Juan conoció y amó
la Sagrada Escritura desde muy joven.

5 Un pedagogo es una persona que estudia la ciencia de la educación y ayuda a otras personas a aprender y a mejorar su forma de aprender.

Mientras estudiaba,
Juan tuvo que trabajar para sobrevivir.
Encontró trabajo en el "Hospital de las Bubas".
En este hospital
se atendía sobre todo a enfermos de **sífilis**[6]
y también a otras personas con enfermedades contagiosas.

El rector del hospital, Alonso Álvarez de Toledo,
un hombre muy respetado por su generosidad,
se dio cuenta de la gran capacidad de estudio de Juan,
de su sencillez, obediencia y ganas de ayudar a los demás.
Por eso quiso ayudarlo.

Deseaba que Juan llegara a ser sacerdote
y que fuera algún día capellán del hospital.
Ser capellán allí
era un trabajo seguro y bien valorado,
que le habría dado a Juan
una buena posición social,
muy distinta de la pobreza
en la que había vivido.
Pero Juan tomó otra decisión.

---

6 La sífilis es una enfermedad causada por una bacteria,
que se puede transmitir de una persona a otra, sobre todo por contacto sexual.
En la antigüedad era una enfermedad grave
porque no existían los medicamentos que hoy permiten curarla.

En 1563 llamó a la puerta del convento de Santa Ana
de los carmelitas de Medina del Campo
porque quería hacerse religioso carmelita.
Allí, entró como **novicio**[7]
y comenzó una nueva etapa de su vida.
Más adelante será conocido como San Juan de la Cruz.

7 Un novicio es una persona que entra a vivir en un convento para prepararse para ser monje o monja y aprender las normas y la forma de vida religiosa.

3. Entre Medina del Campo y Salamanca: conocer a Teresa cambió su vida

Los investigadores y expertos
en la vida de Juan de la Cruz
no saben con seguridad
por qué Juan quiso ser religioso
ni por qué eligió la Orden de los Carmelitas para serlo.
Hay muchas ideas diferentes,
pero no hay una respuesta clara.

Es posible que Juan conociera
a algunos frailes carmelitas,
y se sintiera atraído
por su vida de oración y silencio,
que le gustara ese estilo de vida
más sencillo y retirado,
o que influyera también
su devoción a la Virgen María.

En cualquier caso,
Juan tomó una decisión importante:
entró en el noviciado de los carmelitas
en el convento-colegio de Santa Ana,
en Medina del Campo.

Al entrar en el convento,
Juan cambió de nombre.
Empezó a llamarse Juan de Santo Matía.

En el colegio de los carmelitas
estudiaba **teología**[8] y artes.
Los primeros estudios e historias sobre Juan en Santa Ana
lo describen como un novicio entusiasmado,
amante de la oración y de la eucaristía.
Una persona penitente, es decir,
que intentaba corregir sus errores y ser mejor persona.
Y en general, una persona muy humilde y servicial.

En 1564,
una vez terminados sus estudios religiosos en Medina,
y siendo ya fraile, Juan de Santo Matía
se fue a Salamanca,
al Colegio de San Andrés,
que era el centro de estudios más importante
de la Orden de los Carmelitas, en España.

8 La teología es el estudio de Dios, de la religión y de las creencias religiosas. También intenta comprender quién es Dios y qué relación tiene con las personas.


CONVENTO
DE
SANTA ANA.
MEDINA
DEL CAMPO

Salamanca tenía entonces unos 19 mil habitantes.
La universidad era la parte más importante de la ciudad.
Pero había también agricultores, artesanos,
impresores, libreros, mesoneros, bodegueros…

El Colegio de San Andrés estaba junto al río Tormes,
en un barrio pobre, ruidoso, con gente humilde.
Había talleres de **curtidores**[9], un matadero
y un edificio de la universidad,
en el que, según la gente,
diseccionaban[10] cadáveres para el estudio.
Así que, en general,
un barrio en mal estado, con malos olores,
calles sin pavimentar,
y con zonas llenas de basura y ganado suelto.

El convento en el que estaba el colegio era pobre
y apenas tenía ingresos ni dinero para funcionar.
Por eso pedía limosna a las instituciones importantes,
incluida la Universidad,
y conseguía dinero
ayudando espiritualmente a los enfermos.

---

9 Un curtidor es una persona que trabaja con pieles de animales para convertirlas en cuero y hacer zapatos, bolsos, cinturones...

10 Diseccionar es abrir y separar con cuidado las partes de un cuerpo, para estudiarlas y conocer cómo son por dentro.

Juan iba todos los días a la Universidad de Salamanca
desde el convento.
Siempre por el camino más corto.

Empezó sus clases en octubre de 1564.
En horario de mañana y tarde.
Las clases eran de 7 y media a 10 de la mañana.
Y de 3 a 5 de la tarde.
Aunque en verano
empezaba una hora antes por la mañana
y una hora después por las tardes
para evitar las horas de más calor.
Y entre el 8 de septiembre y el 18 de octubre
los estudiantes tenían vacaciones.

Estudió lógica, filosofía natural y filosofía moral.
Había clases magistrales, en las que el profesor explicaba,
y clases prácticas.
También había lecciones de coro,
donde los estudiantes repetían los temas casi cantando,
para recordarlos mejor
y podían preguntar las dudas.

Juan estudió unos tres años en la universidad.
Después, hacia el año 1567,
el obispo Pedro González de Mendoza,
lo ordenó sacerdote,
es decir, lo hizo sacerdote.
Y junto con otro fraile, fray Pedro de Orozco,
Juan de Santo Matía volvió a Medina del Campo
para celebrar su primera misa.

Juan pensaba volver a Salamanca
para seguir estudiando teología.
Pero algo ocurrió en Medina que cambió su vida.

En Ávila, cinco años antes,
el 24 de agosto de 1562,
una monja llamada Teresa de Ahumada
(la futura Santa Teresa de Jesús)
había fundado un pequeño convento llamado San José.
Allí quería vivir una vida más sencilla, humilde y evangélica
con otras seis monjas.

En 1567, el general de la Orden de los Carmelitas,
Juan Bautista Rubeo,
visitó España y Portugal
con la idea de impulsar una reforma de la orden.

El 18 de febrero de 1567
visitó el convento de San José en Ávila.
Al principio Teresa estaba preocupada por la visita,
pero el general quedó muy impresionado.
Se alegró al ver cómo vivían en ese convento
cumpliendo la regla más antigua y exigente,
la Regla primera,
que en el resto de la orden casi ya no se cumplía.

Por eso, el general no solo le dio permiso a Teresa
para fundar más conventos de monjas.
También le permitió fundar conventos de frailes descalzos,
es decir, un grupo más pobre y **austero**[11] de los carmelitas.
Teresa tenía permiso, pero no tenía frailes.

Más tarde llegó a Medina del Campo
para fundar allí un segundo convento.
Llegó en plenas ferias, el 14 de agosto de 1567.
En Medina habló con el prior de Santa Ana,
es decir, con el responsable del convento de Santa Ana,
el padre Antonio de Heredia.

---

11 Ser austero es vivir de forma sencilla y con pocas cosas, sin lujos ni comodidades.

Él aceptó ayudarla
para fundar ese convento de los frailes descalzos
y le dijo el nombre de dos jóvenes
que acababan de llegar a Medina para dar su primera misa
durante sus vacaciones universitarias.
Esos dos frailes eran fray Pedro de Orozco
y fray Juan de Santo Matía (Juan de la Cruz).

Fray Pedro no estaba muy convencido,
pero animó a Santa Teresa a que hablara con Juan,
porque lo veía más entusiasmado y con deseos de algo más.

Santa Teresa contaba que cuando habló con Juan,
él le dijo que quería irse a los cartujos, a Madrid,
a un monasterio muy retirado llamado El Paular,
porque estaba viviendo una crisis interior
y no se sentía satisfecho con su vida en San Andrés.

Muchos de los que han estudiado la vida de Juan de la Cruz
creen que la vida en el convento de San Andrés
no era lo que en realidad deseaba Juan de la Cruz.
Él deseaba una vida más profunda,
más centrada en Dios y en la oración.

Suponen que el ambiente de la universidad,
con luchas de poder, ambiciones, engaños y amenazas,
le resultaba poco evangélico.
Veía falsedad en aquellos que presumían
de tener a Cristo como amigo,
pero solo buscaban honores y éxito.
Y parece que las materias que aprendía en la universidad
tampoco eran lo que necesitaba.

Santa Teresa le explicó a Juan su proyecto:
una vida más humilde, más sencilla,
más dedicada a la oración y a la contemplación,
pero dentro de la misma Orden del Carmelo.
Le pidió que no se fuera con los cartujos todavía,
que esperara a que ella tuviera un convento de frailes.
Le dijo que sería bueno para él
y para la orden que se reformara desde dentro.
Juan aceptó.
Le prometió esperar a Teresa,
si la fundación de ese nuevo convento no tardaba mucho.

Teresa pensó que el proyecto estaba casi conseguido,
pues ya tenía dos frailes para empezar.
Solo faltaba encontrar el lugar adecuado
para crear el primer convento de frailes.

Mientras tanto,
Juan seguía estudiando teología en Salamanca,
pero sus deseos eran otros.

Por lo que, después de un año de teología,
a principios del verano de 1568,
fray Juan dejó las clases en Salamanca
y el Colegio de San Andrés.
Y se unió al proyecto de Santa Teresa.

Empezaba una nueva etapa
como fundador de los carmelitas descalzos.

4. Juan de la Cruz y los carmelitas descalzos

Cuando Juan se unió del todo
a la reforma de Santa Teresa en 1568,
y aceptó comenzar una nueva vida en Valladolid
como carmelita descalzo,
cambió su nombre a Juan de la Cruz.

Teresa de Jesús era para él como una maestra
y también como una madre espiritual.
Ella le enseñó un estilo de vida sencillo,
de oración y de **amor fraterno**[12].

En esa época, el **Concilio de Trento**[13]
pedía cambios para renovar la Iglesia y la vida religiosa.
Muchas personas querían una vida más auténtica,
más humilde y más exigente.
Santa Teresa no solo quería mejorar lo que ya existía
según las normas del Concilio de Trento,
sino que consiguió crear una forma de vida nueva.

---

12 Amor fraterno significa tratar a los demás con cariño, respeto y ayuda.

13 El Concilio de Trento fue una reunión que se celebró en la ciudad italiana de Trento, a la que fueron representantes importantes de la Iglesia católica para decidir sobre las enseñanzas y el funcionamiento de la Iglesia.

El proyecto de Santa Teresa
defendía ideas importantes como:
el espíritu de familia y de amistad entre las religiosas,
la libertad interior, sin apegos, es decir,
no estar demasiado unido ni depender de nada ni de nadie,
tener menos normas, pero más responsabilidad,
vivir la oración como un encuentro amistoso con Dios,
y llevar una vida para servir a la Iglesia y a la sociedad.

Ella hablaba de amar a Dios,
pero también de amar a quien acompaña en esa tarea:
"Aquí todas han de ser amigas,
todas se han de amar,
todas se han de querer,
todas se han de ayudar".

Al principio,
las preocupaciones e intereses de Juan
no coincidían del todo con los de Teresa,
pero él se sintió atraído por su proyecto.
Y con el tiempo, sobre todo,
cuando estuvo con las monjas descalzas de Andalucía,
comprendió mejor
que esta reforma se empezó a realizar
no solo por la inteligencia de Santa Teresa,
sino que contó con la fuerza y ayuda del Espíritu Santo.

Cuando Juan de Santo Matía y el padre Antonio de Heredia
se pusieron de acuerdo
para empezar la vida de frailes descalzos,
Teresa consiguió una casa muy sencilla,
para crear el primer convento de los carmelitas descalzos.
La casa estaba en Duruelo, un pequeño pueblo
entre Medina del Campo y Ávila.

Duruelo estaba a unos 25 kilómetros de Fontiveros,
el pueblo donde nació Juan.
Teresa visitó Duruelo a finales de junio de 1568,
con bastante esfuerzo,
ya que le costó encontrar el pueblo,
porque era un lugar poco conocido.

La casa estaba en mal estado,
pero Juan y Antonio no se desanimaron.
Estaban ilusionados por empezar la vida en ese convento
cuanto antes.
Para ello, primero necesitaban el permiso
del superior de la orden,
el **provincial**[14] fray Alonso González,
que se lo concedió sin problemas.

14 El provincial dirige una parte de una orden religiosa, llamada provincia. Es el que organiza y supervisa los conventos y comunidades de esa zona.

Una vez que tuvieron el permiso,
Teresa quiso que Juan estuviera unos días con ella
en Valladolid,
para que aprendiera mejor
el estilo de vida que quería aplicar en sus conventos.

Y como el monasterio en el que estaba Teresa
aún no tenía **clausura**[15],
Juan vivió allí un tiempo con Teresa y las demás monjas.
Ella le enseñó cómo vivir la penitencia con moderación,
cómo vivir la hermandad,
es decir, cómo vivir con las demás personas del convento,
con cercanía, respeto y comprensión,
y cómo tener momentos de descanso saludables y adecuados
todos juntos.
Teresa defendía que así
era más sencillo soportar las estrictas reglas de la Iglesia.

Teresa pensaba que Juan era un hombre tan bueno,
que ella podía aprender más de él que él de ella.
Pero lo importante allí, en ese momento,
era enseñarle el estilo de vida de las hermanas carmelitas.

---

15 La clausura es una forma de vida de algunas personas religiosas que viven dentro de un convento y salen muy pocas veces al exterior. Su vida está dedicada, sobre todo, a la oración, el trabajo y la vida en comunidad.


Quien a Dios tiene,
nada le falta.
Solo Dios basta.
†
CAMINO
DE
PERFECCIÓN

Hacia septiembre de 1568,
Juan de la Cruz llegó a Duruelo
con un nuevo **hábito**[16] hecho por la misma Teresa.
Lo acompañaba un joven albañil,
que lo ayudó a arreglar la casa que sería el futuro convento.

Mientras, Antonio de Jesús (Antonio de Heredia)
fue a ver a Teresa a Valladolid
para enseñarle
las cosas que había preparado para el convento,
como algunos relojes para tener bien organizado el tiempo,
lo cual hizo gracia a la futura santa.

El 28 de noviembre de 1568
se inauguró de forma oficial
el convento de los carmelitas descalzos en Duruelo.
Ese día estaban allí el provincial fray Alonso González
y los tres primeros frailes del convento:
Antonio de Jesús, Juan de la Cruz y José de Cristo.
Los tres renovaron su profesión
según la Regla primitiva de la Orden del Carmelo
y tomaron sus nuevos nombres religiosos.

---

16 El hábito es una especie de túnica que llevan algunas personas religiosas para mostrar que pertenecen a una comunidad religiosa y que dedican su vida a la religión.

Las primeras noticias del convento de Duruelo
hablaban de mucha oración, vida muy estricta, penitencias,
y también una vida de predicación, es decir,
dedicada a difundir y dar a conocer
el mensaje cristiano y su religión,
a la gente de los pueblos cercanos.

Teresa visitó a sus primeros frailes
a finales de febrero de 1569.
Aprovechaba que iba a Toledo
para fundar su quinto convento.

Se alegró de ver su humildad y su entrega,
y la labor de difusión de la fe católica entre la gente.
Pero también se preocupó por lo estrictos que eran.
Ella había dicho que fueran tolerantes,
que hicieran todo con moderación.
Para ella, la penitencia, la buena convivencia y el descanso
eran los medios para conseguir el objetivo.
El objetivo era el amor y la amistad con Dios
y con los hermanos, con los demás frailes.

Juan de la Cruz tardará un tiempo en comprender del todo
el modelo religioso que Santa Teresa le quería transmitir.

En poco tiempo,
llegaron al convento nuevos jóvenes
que querían unirse a los carmelitas descalzos
y el convento de Duruelo se quedó pequeño.

Así que, en junio de 1570,
los frailes se trasladaron a Mancera de Abajo,
un lugar cercano y mejor comunicado.
A este convento siguieron llegando novicios,
es decir, aquellas personas que quieren formarse
para ser frailes, en este caso, de la Orden del Carmelo,
según el proyecto de Teresa de Jesús.

Pero el gran crecimiento de los frailes descalzos llegó
cuando la orden se extendió a Castilla la Nueva,
zona que incluye ciudades como Toledo, Alcalá, Madrid…

Mientras estaba en Toledo, Teresa recibió la orden
de fundar un nuevo convento de monjas en Pastrana.
La experiencia con las monjas salió mal,
pero sirvió para fundar allí un nuevo convento
en el que se formaron muchos frailes,
algunos tan importantes,
como Jerónimo Gracián,
gran apoyo para Teresa y para la reforma.

Para poner en marcha el convento en Pastrana,
Teresa contó con dos **ermitaños**[17] italianos
que había encontrado en Madrid:
Ambrosio Mariano y Juan de la Miseria,
el cual pintó el único retrato de Teresa en vida.

Juan de la Cruz organizó el noviciado,
pero volvió pronto a Mancera,
dejando a los nuevos frailes
al cuidado de Ángel de San Gabriel,
otro religioso con poca experiencia.

En Pastrana había muchos excesos en la penitencia.
Algo que Gracián recordará con el tiempo con humor,
pero la situación fue seria.

Teresa contaba que fray Ángel era muy joven.
Una persona sin estudios, sin experiencia,
y con un carácter dominado por la melancolía,
que hacía vivir a los novicios penitencias muy duras.
Tanto era así, que se sorprendía de que pudieran soportarlo.
Pensaba que si Dios lo permitía
era para que los novicios aprendieran la obediencia.

17 Una persona ermitaña es la que decide vivir sola y alejada de otras personas, normalmente en un lugar tranquilo, para dedicar gran parte de su vida a la oración y a la vida espiritual.

Para solucionar esto,
Teresa mandó que Juan de la Cruz volviera a Pastrana.
En 1572, Juan organizó el noviciado
con criterios más evangélicos y realmente espirituales.

Después de resolver los problemas de Pastrana,
Juan se fue a Alcalá de Henares,
una ciudad universitaria importante.
Allí lo nombraron rector
del nuevo colegio de frailes descalzos.

Su forma de vivir y de predicar (dar a conocer la religión)
atrajo a muchos jóvenes
y le dio buena fama entre las autoridades de la ciudad
y los académicos.

Teresa sabía que Juan era un hombre de buen criterio.
Por eso acudió a él cuando la nombraron **priora**[18]
del monasterio de la Encarnación de Ávila
y necesitó ayuda.

18 Una priora es una monja encargada de dirigir un monasterio y su comunidad religiosa, es decir, el conjunto de monjas que viven allí, organizando su vida y sus actividades.

5. Fray Juan llega a Ávila

En 1572, fray Juan de la Cruz vivió en Ávila.
Fue confesor de las monjas del monasterio de la Encarnación.
En este monasterio, el 2 de noviembre de 1535,
entró como monja Teresa de Jesús.

El rey Felipe II pidió a Pedro Fernández,
un fraile dominico,
que se ocupara de los temas de los carmelitas en Castilla.
Y el 6 de octubre de 1571,
Pedro Fernández nombró a Teresa de Jesús
como priora del convento de la Encarnación,
el cual vivía malos momentos.
Pedro Fernández sabía que la madre Teresa
podía atraer no solo ayudas económicas y materiales
sino también sacerdotes y religiosos competentes,
pues era muy conocida y apreciada en Ávila.

Al principio, las monjas no estuvieron muy contentas
de ese nombramiento,
ya que era algo impuesto desde fuera,
no elegido por ellas.

Muchas monjas eran buenas y virtuosas,
pero el convento tenía grandes problemas de dinero
y se pasaba hambre,
lo que dificultaba la convivencia
y creaba malas costumbres.

La madre Teresa tuvo que escribir a su hermana Juana
para pedirle algunos pavos.
Le confesó que ella solo tenía algo de pan para comer.

Por esta pobreza,
algunas monjas salían a menudo del convento
para ir a casa de sus familiares y poder comer.
Esto rompía el orden y la vida de clausura (encierro).

Teresa comprendió pronto que la falta de dinero
no era solo un problema material.
Entendió que la pobreza extrema
estaba dañando la vida espiritual.

Teresa aceptó el encargo de reorganizar la comunidad,
aunque para ella fue duro.
Echaba de menos la paz
de sus pequeños conventos reformados
y su salud era delicada.

Teresa fue encontrando soluciones
para que a las monjas no les faltara lo necesario.
Se alegró al ver que las cosas mejoraban
y aprovechó cada una de esas mejoras
para corregir poco a poco los malos hábitos
y volver a una vida más ordenada.

Cuando la vida del convento empezó a mejorar,
Teresa vio que era el momento
de contar con buenos confesores
que ayudaran a mejorar la vida espiritual de las monjas.
Ella quería sacerdotes de su misma orden,
pero no le gustaban los que vivían entonces en Ávila.
Por eso pidió ayuda a un amigo sacerdote,
para que le propusiera a Pedro Fernández
que enviara a dos frailes descalzos
como confesores de la Encarnación:
fray Juan de la Cruz y el padre Germán de San Matías.

Teresa sabía que este cambio
podía molestar a algunos carmelitas
a los que no les gustaba su reforma.
Además, si los frailes de Ávila
que eran sacerdotes y confesores en el convento
perdían sus cargos,
perderían también prestigio en la ciudad.

El padre Pedro Fernández
sabía que esto podía causar problemas,
sin embargo, pensó que era un buen momento
para introducir con más fuerza la reforma.

No solo envió a fray Juan y a fray Germán como confesores,
sino que los incorporó
a la comunidad de frailes del convento de Ávila.
Y nombró a varios descalzos para cargos importantes.

De este modo, los frailes descalzos
organizaron gran parte de la vida del convento.
Fray Juan y fray Germán se ocuparon
de la atención espiritual de las monjas de la Encarnación.

En Ávila, Juan de la Cruz
no solo confesaba a las carmelitas de la Encarnación.
También realizaba otras tareas de ayuda espiritual.
Algunas personas de la época
cuentan que tenía fama de buen **exorcista**[19].
Sabía distinguir cuándo una persona sufría
por causas espirituales o cuándo tenía una enfermedad.
También detectaba engaños o falsas apariencias religiosas.

---

19 Un exorcista es una persona religiosa autorizada para realizar un exorcismo, es decir, una oración o ceremonia de la Iglesia para expulsar a un supuesto espíritu maligno de una persona.



Un caso muy comentado
fue el de la monja María de Olivares,
del convento agustino de Nuestra Señora de Gracia.
Muchos testigos dijeron
que estaba poseída por el demonio,
y contaron que fray Juan la liberó.
La Inquisición llegó a pedirle un informe sobre lo ocurrido,
pero ese documento se ha perdido.

Teresa también envió a fray Juan a Medina del Campo
para ver a una monja llamada Isabel de San Jerónimo,
pues su priora pensaba que estaba poseída.
Fray Juan, sin embargo, se dio cuenta
de que en realidad padecía una enfermedad mental.

Aunque fray Juan era confesor de la Encarnación,
Teresa tenía su propio acompañante espiritual,
el padre Lárez,
un jesuita del Colegio de San Gil, en Ávila.
Aun así, es muy probable
que Teresa hablara también con San Juan de la Cruz
sobre algunos temas de su vida espiritual.

Sería muy interesante conocer con detalle
todas las conversaciones
entre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.
Sabemos que se encontraron muchas veces,
pero no tenemos noticias completas
de todo lo que hablaron.
Aunque sí conocemos algunos testimonios
de monjas que estuvieron presentes.

Fray Juan acompañó también a Teresa
en la difícil fundación del convento de Segovia,
adonde fueron algunas monjas
que habían escapado del convento de Pastrana.
El convento de Segovia se inauguró
el 19 de marzo de 1574.

En una fecha que no conocemos con exactitud,
fray Juan y fray Germán
dejaron de vivir dentro del convento.
Y fueron a vivir a una casita cercana
llamada La Torrecilla.
Allí aprovecharon para enseñar el catecismo
a los niños del lugar.

No conocemos con seguridad el motivo
por el que dejaron de ser confesores de la Encarnación.
Pudieron influir las malas relaciones
entre los frailes descalzos
y los carmelitas que no querían la reforma.

El conflicto
entre carmelitas "reformados" y "no reformados"
no era solo una cuestión de formas de vida.
En el fondo, había un problema de obediencia
y de lucha por tener la autoridad.
Los frailes descalzos tenían el apoyo
del rey Felipe II y de sus visitadores (inspectores).

El rey quería una reforma seria
de la vida religiosa en España
y veía en los descalzos
un camino hacia una mayor perfección.

Los carmelitas más exigentes
veían cómo se les imponían superiores y normas
que ellos no habían elegido
y pensaban que eso dañaba sus derechos.
Esto sucedió, por ejemplo, en Ávila,
donde se nombraron descalzos en cargos importantes.

Por eso, algunos carmelitas acudieron a Roma
para que el general de la Orden del Carmelo, fray Rubeo,
anulara algunas decisiones
tomadas por los visitadores reales.
Entonces, fray Gracián intentó convencer al Papa,
para que los descalzos pudieran fundar una provincia aparte.
Esto puso nerviosos a los carmelitas.

En 1575 se celebró en Piacenza, Italia,
una reunión general de la Orden del Carmelo
que presidió el padre Rubeo.

Allí se habló de las fundaciones de Teresa en Andalucía,
en especial, de los conventos de Beas y Sevilla.
El general había prohibido a Teresa fundar en esa región,
pero ella fundó obedeciendo al padre Gracián,
su superior más cercano.

En Piacenza la orden tomó decisiones muy duras
contra los descalzos.
Les quitó sus cargos y ordenó
que obedecieran de nuevo a los superiores carmelitas.
Los descalzos de Andalucía que no obedecieran
serían expulsados de sus conventos
y enviados a Castilla.

También les prohibieron fundar nuevos conventos,
abrir iglesias o recibir nuevas vocaciones,
es decir, a nuevas personas que quisieran ser religiosas,
sin permiso directo del general.

A Teresa, que había terminado su servicio como priora
en el convento de la Encarnación en octubre de 1574
y que ya estaba de nuevo en el convento de San José,
le mandaron escoger un convento
para quedarse encerrada en él.

Se nombró a un fraile portugués, Jerónimo Tostado,
como **vicario**[20] general
para carmelitas y descalzos en toda España.
Él debía hacer cumplir las decisiones de Piacenza.

El provincial de Castilla
convocó una reunión oficial para aplicar lo acordado.
Pero los descalzos, en contra de la opinión de Teresa,
organizaron otra reunión aparte en Almodóvar,
para confirmar la creación
de una provincia propia de frailes descalzos.
Al final, esa decisión no se llevó a la práctica.

---

20 Un vicario es la persona que ayuda al superior principal de una orden religiosa. Puede actuar en su nombre si es necesario y ayudar a organizar actividades religiosas.

La llegada a España de Felipe Sega,
un representante muy importante del Papa
que apoyaba al grupo del Tostado y a los carmelitas,
marcó una etapa difícil para la reforma de Santa Teresa,
y hubo momentos en los que la reforma
pareció estar en peligro de desaparecer.

Muchos expertos en la vida de San Juan de la Cruz
mantienen que fray Juan estuvo
en la reunión que se organizó en Almodóvar.
Y que en ella defendió una forma de vida religiosa
más apartada del mundo,
lejos de las personas que no eran religiosas,
viviendo en las celdas,
haciendo penitencia
y llevando una vida dura y sencilla
para dedicar más tiempo a la oración.

Sin embargo,
lo más probable es que Juan de la Cruz
no participara en aquella reunión,
porque no existen pruebas claras que lo demuestren.

Parece más bien que en esos años
fray Juan no era aún muy importante
para los superiores de la orden.
Para ellos era un fraile más,
que no creaba especial interés ni preocupación.

Quienes sí estaban muy atentos a lo que hacía
eran los carmelitas,
porque pensaban que influía mucho
en las monjas de la Encarnación.
Según ellos, por su culpa,
las monjas empezaban a pensar por sí mismas
y a tomar sus propias decisiones.

6. Toledo: en una noche oscura

En aquellos días,
la vida de Juan de la Cruz cambió para siempre.
Todo comenzó en el convento de la Encarnación.
Las monjas debían elegir una nueva priora.

Muchas deseaban a Teresa de Jesús,
quien había elegido encerrarse en el monasterio de Toledo.

Pero no se lo pusieron fácil.
Hubo amenazas y castigos para quien la votara.
Aun así, las monjas eligieron con valentía
y muchas la votaron.
Eso sí, les prohibieron oír misa, ir al coro, comulgar…
Muchos abogados y familiares de las monjas
denunciaron estos actos,
las quejas llegaron incluso hasta el Papa.
Había que solucionar la situación.

El padre Hernando Maldonado
ofreció ciertas condiciones a las monjas para cambiar el voto,
condiciones que a ellas les parecieron injustas,
así que mantuvieron su voto a favor de Teresa.

Empezó a sospechar
que todo era culpa de los confesores descalzos,
sobre todo, de fray Juan.
Los acusaron sin pruebas,
de que habían influido en las monjas.
Aquello era falso,
pero eso no impidió que fueran a buscarlos.
Y una noche, en silencio, los apresaron.

Teresa se enteró enseguida de lo que había pasado
y lo denunció ante el rey Felipe II.
También hizo llegar la queja al convento carmelita de Ávila.

Juan consiguió escapar y destruir unos documentos
que no sabemos de qué trataban.
Pero lo volvieron a apresar
sin darle explicación de hacia dónde iba.
Juan no se resistió.
Aceptó lo que estaba pasando sin más.

Al padre Germán
lo llevaron al convento de San Pablo de la Moraleja,
del que más tarde consiguió escapar.
A fray Juan lo llevaron a Toledo, a la cárcel conventual.

Allí lo encerraron en una pequeña celda.
Era un espacio tan estrecho
que apenas podía moverse.
Un lugar oscuro,
casi sin aire, casi sin luz.
Allí pasó nueve meses
aguantando castigos físicos, frío y hambre.

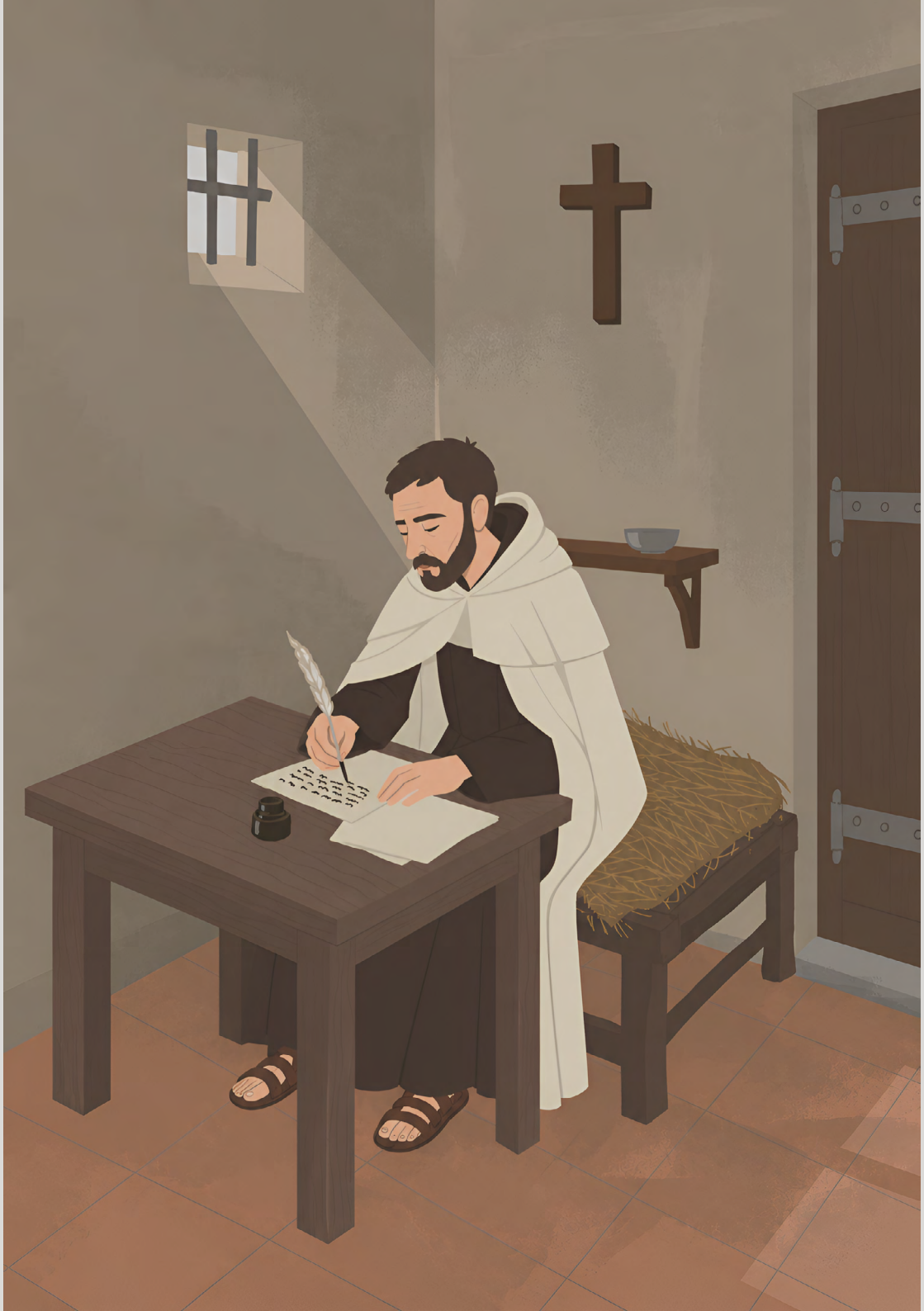
Pero también sufrió por dentro.
Lo presionaban para que cambiara y dejara a los descalzos.
Lo engañaban diciendo que muchos descalzos
estaban abandonando la reforma.
El dolor no era solo físico, del cuerpo.
También le dolía el alma, se sentía solo,
como si todos sus conocidos y hasta Dios
lo hubieran abandonado.

Esa experiencia marcó su vida.
Y años después la recordará como una noche oscura,
como una época oscura para el alma.

Pero en medio de esa oscuridad,
pareció llegar un poquito de luz, algo de ayuda.

Su segundo carcelero, San Juan de Santa María,
decidió tratar a Juan con más delicadeza
ya que veía que era un hombre bueno,
que con paciencia y fortaleza aguantaba todo aquello.
Así que decidió ayudarlo un poco.
Le permitía salir a veces a tomar el aire
cuando el resto de los frailes
se retiraba después de comer.
Incluso le dio algo muy sencillo,
pero que Juan pidió con gran deseo:
papel, tinta y una pluma para escribir.

Juan decidió aprovechar el tiempo allí,
en aquel lugar tan pobre,
para escribir palabras de amor, de búsqueda, de misterio.
Juan escribió allí, en el silencio de la cárcel,
algunos de los poemas más hermosos
de la literatura española y universal
que trataban de su experiencia,
de un alma que camina en la oscuridad,
pero no se pierde.
Poemas que hoy podemos leer y disfrutar.



Como el tiempo pasaba
y veía que Maldonado no tenía intención de liberarlo,
ni recibía información de que nadie estuviera haciendo nada
para conseguir sacarlo de allí,
Juan decidió escapar,
y liberarse él mismo de esa condena.

Así que observó el lugar con atención,
pensó en cada detalle
y esperó el momento adecuado para hacerlo.
Sabía que su única salida
era escapar por una ventana que había en una sala cercana.

Juan estaba muy nervioso,
pero consiguió abrir el candado y la cerradura de su celda.
Llegó a la sala de al lado por donde quería escapar.
El ruido despertó a dos frailes que allí descansaban.

Juan esperó a que recuperaran el sueño,
se acercó a la ventana
y comenzó a bajar despacio.
Todo estaba en silencio.
La cuerda que había creado rompiendo sus mantas
no llegaba hasta el suelo,
así que cuando llegó al final,
no le quedó más remedio que dejarse caer y saltar.

Había salido,
había escapado de su celda
pero aún no estaba a salvo.
Había caído en el patio de un convento que había al lado,
un convento de las Concepcionistas.
Así que empezó a buscar cómo salir de allí con cuidado.
No sabía qué era peor:
que lo descubrieran los frailes
y lo encerraran de nuevo
o que las monjas despertaran
y lo encontraran allí.

Gracias a Dios, casi en el último momento,
descubrió una zona del muro del patio que era más baja
y que podía saltar con facilidad.
Así que dio un salto y llegó al otro lado, a la calle.
¡Juan era libre!

Caminó sin rumbo, sin saber dónde ir.
Unos jóvenes le ofrecieron su ayuda,
pero prefirió seguir, porque estaba muy cerca del convento.

Más tarde, un caballero le dejó entrar en su casa,
donde descansó hasta la mañana siguiente.
Cuando amaneció, empezó a recorrer las calles
buscando el convento de las descalzas.

Allí, las monjas lo recibieron con cariño
y preocupación por su estado.
Juan estaba muy débil y necesitaba descansar.

Más tarde, Pedro González de Mendoza,
amigo de las monjas descalzas,
puso una sotana de cura a Juan,
y a escondidas lo llevó al Hospital de la Santa Cruz
que él dirigía.
Juan estuvo en el hospital un mes y medio.
Allí pudo recuperar fuerzas poco a poco
aunque algo en su interior nunca sería como antes.

Cuando salió del hospital fue a Almodóvar,
a una reunión que habían convocado los descalzos
por recomendación de Santa Teresa.
Teresa mostraba pena por lo que fray Juan había sufrido
y aconsejaba que lo cuidaran y protegieran
pues quedaban pocos como él.

7. Por tierras de Jaén

San Juan de la Cruz fue recibido
con mucha alegría en Almodóvar,
pues pensaban que había muerto.

En Almodóvar se celebró una gran reunión,
en la que se tomaron decisiones importantes:
entre ellas, nombrar a fray Juan de la Cruz
como prior (es decir, responsable)
del convento del Calvario,
un convento pequeño en Jaén,
cerca del pueblo de Beas de Segura.
Y elegir a Antonio de Jesús como provincial
para que dirigiera a los descalzos.

Pero antes de acabar la reunión,
el sacerdote Juan de Jesús María,
también conocido como Roca,
informó de algo muy serio:
el nuncio del Papa, es decir,
el representante del Papa en España,
pensaba que aquella reunión era ilegal.
Y que todas las decisiones tomadas allí no tenían validez.

A pesar de esta noticia,
los frailes descalzos terminaron su reunión
y tomaron las decisiones que creyeron oportunas.
Después, enviaron un grupo de frailes a Roma
y otro grupo al nuncio Sega,
para pedir que aceptaran las decisiones de aquella reunión.

El nuncio Sega se enfadó mucho,
llegando a insultar a Santa Teresa y a los descalzos.
A Santa Teresa la llamó "vagamunda e inquieta"
y dijo que los monasterios que ella había fundado
no tenían permiso del Papa
ni del superior general de la orden.
Palabras que llegaron a oídos de la santa.

El nuncio decidió castigar a los responsables
de esa reunión que él consideraba ilegal.
Y no solo anuló todas las decisiones tomadas,
sino que además castigó con la **excomunión**[21]
a todos los que habían participado.
Y mandó encerrar en distintos conventos de Madrid
a algunos de ellos.

---

21 La excomunión es un castigo de la Iglesia católica por el que una persona queda fuera de la comunidad de la Iglesia y no puede participar en algunos actos religiosos.

Mientras todo esto ocurría,
fray Juan de la Cruz se encontraba lejos, en Andalucía.
Había ido al convento de Nuestra Señora del Monte Calvario.

El Calvario estaba en un lugar muy apartado,
y de difícil acceso en la Sierra del Segura.
Era un convento que tenía poca importancia
para **la Corte**[22] y para las personas poderosas de la época.

Según los estudios sobre la vida de fray Juan,
es muy probable que llegara al convento del Calvario
en noviembre de 1578.

Se cree que fray Juan
pudo ser el responsable del convento del Calvario
porque su nombramiento no fue anulado por el nuncio Sega,
o porque, en un lugar tan apartado,
los frailes no tenían intención de obedecer
unas decisiones que apenas les afectaban.
Es muy posible también
que el nuncio ni siquiera conociera
la existencia de un convento tan perdido como el Calvario.

---

22 La Corte es el conjunto de personas
que acompañan y trabajan para un rey o una reina.

La comunidad del Calvario era grande.
Tenía unos treinta frailes,
la mayoría jóvenes.
Muchos de ellos conocían a fray Juan
de sus años en Pastrana y Alcalá.

Allí, fray Juan continuó actuando
como un buen acompañante:
corregía con paciencia la excesiva dureza
que algunos hermanos se imponían,
y les ayudaba a vivir la fe
por caminos más humanos y evangélicos,
para llegar a la contemplación.
Además, fray Juan colaboraba en las tareas del convento
para cuidar el lugar
y ganarse la comida de cada día.

Pronto, fray Juan
empezó a visitar la comunidad de Beas de Segura,
a unos diez kilómetros del Calvario.
Donde las hermanas lo recibieron con alegría,
porque llegaba recomendado
por Santa Teresa de Jesús.

Sin embargo, Ana de Jesús, su priora,
no quedó del todo satisfecha de los primeros encuentros.
Y escribió a Santa Teresa para quejarse, entre otras cosas,
de que fray Juan se refería a Teresa como "su hija".

Teresa contestó con humor y cariño,
diciendo que se sentía orgullosa
de ser "hija" de un padre espiritual
y con tanta experiencia y sabiduría como fray Juan.
Teresa lo apreciaba mucho
y decía que era como un gran tesoro,
una persona muy preparada para acompañar a las almas.

Superadas esas primeras dificultades y diferencias,
fray Juan y las monjas de Beas
crearon una relación
de verdadera fraternidad y amistad.
Algo que el propio fray Juan reconoce en alguna carta
en la que se siente agradecido y muy unido a ellas
por la acogida y la vida compartida.

Las monjas de Beas fueron las primeras
en beneficiarse de la enseñanza espiritual
que fray Juan descubrió
tras la dura experiencia de la cárcel de Toledo.
Fray Juan solía ir al monasterio los sábados
y se quedaba hasta el lunes,
para confesarlas,
darles los sacramentos
y hablar con ellas, tanto a solas como en grupo.
No solo enseñaba,
también compartía su experiencia
y aprendía de las experiencias de sus hermanas.

Las propias monjas contaban
que era maestro y acompañante,
pero, sobre todo, un verdadero hermano,
que prefería compartir en vez de dirigir.

Fray Juan era un maestro con experiencia,
que quería vivirla al lado de las monjas,
y no imponer,
sino seguir aprendiendo junto a ellas.
Una relación novedosa e impactante,
no muy común entre los confesores
y muy sorprendente aún a día de hoy.



Después de los buenos tiempos vividos
entre los frailes del Calvario
y las monjas de Beas,
fray Juan fue enviado a Baeza.

Allí los descalzos habían abierto un colegio,
aprovechando que las tensiones
con los carmelitas y el nuncio se habían calmado.

El nuncio Sega
puso a los carmelitas de Castilla y Andalucía
bajo la autoridad del provincial Ángel de Salazar.

Comprendió que no tenía sentido
seguir enfrentándose al rey Felipe II,
que apoyaba la reforma de los descalzos.

El 1 de abril de 1579,
Sega escribió a los descalzos y descalzas
pidiendo que obedecieran solo
al provincial Ángel de Salazar,
y no a otros superiores carmelitas.

Salazar aprobó entonces
la fundación del colegio de los descalzos de Baeza.
Por lo que el 13 de junio de 1579,
fray Juan salió del Calvario
y al día siguiente
comenzó la vida de los descalzos en Baeza.

El nuevo colegio de los descalzos
recibió el nombre de San Basilio.
Fray Juan se dedicaba a estudiar
y junto a los frailes también
predicaba y confesaba,
no solo en Baeza,
sino también en los pueblos cercanos.

Las relaciones con la Universidad eran buenas.
Por lo que algunos jóvenes estudiantes
empezaron a visitar el convento
y pronto pidieron entrar en la orden,
así que fue necesario
preparar una zona para **noviciado**[23].

23 El noviciado es el periodo de preparación
que una persona pasa en una comunidad religiosa
antes de convertirse en miembro de esa comunidad,
para aprender sus normas, su forma de vida y sus obligaciones.

Cárdenas, el provincial carmelita de Andalucía,
decidió visitar el colegio.
Pero no tenía autoridad,
porque el nuncio Sega
había mandado que los descalzos
obedecieran solo al provincial Ángel de Salazar.

Alguien denunció la visita,
y la autoridad eclesiástica
detuvo y encerró al padre Cárdenas.
Fray Juan, al enterarse de lo sucedido,
se presentó ante el juez eclesiástico
y pidió que liberaran
al provincial y a sus acompañantes.
Explicó que iban con buena intención
y que él, como responsable,
sabía de la visita y había dado permiso
para que entraran en el colegio.

Cuando los liberaron,
fray Juan los llevó al colegio
y los trató con cariño.

En el año 1580,
una enfermedad llamada "catarro universal"
se extendió por el reino, sobre todo por Castilla.

Teresa de Jesús también la sufrió,
pero consiguió curarse.
Sin embargo, la madre de fray Juan, Catalina Álvarez,
murió a causa de esa enfermedad.
Vivía en Medina del Campo
donde, por petición de Santa Teresa,
había sido acogida
en el convento de las carmelitas descalzas.
En la actualidad,
su tumba sigue en el **claustro**[24] de ese convento.

Mientras tanto,
el conflicto entre carmelitas y descalzos
se iba solucionando.
Se pensó en crear
una provincia propia para los descalzos,
con un superior distinto,
tanto para los frailes como para las monjas de la reforma.

---

24 El claustro es un espacio o parte de un convento
formado por un patio rodeado de pasillos cubiertos y columnas.
Es un lugar tranquilo que las personas religiosas usan
para caminar, rezar o ir de un lugar a otro dentro del convento.

El mismo nuncio Sega escribió al rey Felipe II
para pedirle que solicitara esto al Papa.
No se trataba de un cambio total de opinión,
sino una manera de aceptar la realidad
y de solucionar el problema.
Sega seguía mostrando
su disgusto con algunos descalzos,
aunque reconocía la virtud de otros.
Los descalzos cometían aún imprudencias
y los carmelitas ofrecían resistencia,
pero el embajador del rey en Roma,
Bernardo Briceño,
consiguió que el Papa
creara una provincia descalza.

El Papa pidió también
que el rey escogiera un superior para frailes y monjas,
que luego sería confirmado por el mismo Papa
tras la reunión que celebraran los descalzos.
Así se evitaba
que tuviera que confirmarlo el general de la orden
y no había conflictos.

Y esto se ha convertido en una tradición
que se ha mantenido hasta nuestros días.

Los carmelitas descalzos han elegido a sus provinciales
sin necesidad de que los confirmen los generales de la orden,
incluso cuando los descalzos
se separaron de los carmelitas y fundaron una nueva orden:
Orden de los Hermanos Descalzos
de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

La reunión de los descalzos
se celebró a partir del 3 de marzo de 1581.

En aquella reunión
se eligió como provincial a Jerónimo Gracián,
se nombraron cuatro consejeros,
uno de ellos fray Juan,
y se proyectaron nuevas fundaciones.
También se redactaron las normas
para cada una de las **divisiones**[25] de la orden.

Fray Juan pidió a Santa Teresa
que le ayudara a volver a Castilla,
pero el nuevo provincial
no le concedió ese deseo.

---

25 Las divisiones de la Orden de los Carmelitas son las distintas partes o grupos creados para funcionar mejor y administrar sus conventos y comunidades. Algunas de estas divisiones internas son la de los frailes, las monjas, o las personas laicas (no religiosas) que vivían según sus valores y enseñanzas.

Así que fray Juan tuvo que quedarse en Baeza.
Según contaba en una carta
que escribió a Catalina de Jesús
allí se sentía "**desterrado**[26] y solo".
Como si la cárcel
hubiera sido una ballena
que lo tragó y lo dejó en un puerto extraño,
lejos de Santa Teresa
y de los frailes del norte.

Aun así,
fray Juan buscaba sentido a ese sufrimiento:
decía que el desamparo
es como una lima que pule,
y que a veces las tinieblas
ayudan a descubrir una luz más grande.

26 Una persona desterrada es aquella que ha sido obligada a abandonar el lugar en el que nació o el lugar donde vive y no puede volver durante un tiempo o nunca más.

8. Granada: años de luz

Fray Juan de la Cruz
recibió un encargo de Jerónimo Gracián, su superior.
Tenía que viajar mucho por Andalucía,
para cuidar y ayudar
a los frailes y a las monjas descalzos.

El 13 de noviembre de 1581,
Diego de la Trinidad, vicario de la zona,
encargó una misión especial
a fray Juan de la Cruz:
preparar la fundación
de un nuevo monasterio en Granada.

Para empezar,
debía ir a Ávila y recoger a Teresa de Jesús,
junto a otras monjas,
para llevarlas a Granada.
Pero Teresa ya había prometido ir a Burgos
para otra fundación.
Por eso, no podía acompañarlo
y esto la entristeció.

Al final, el 29 de noviembre,
fray Juan salió hacia Granada sin Teresa.
Iba acompañado por dos monjas
que se unieron para fundar el nuevo monasterio.
Desde Sevilla enviaron a otras dos monjas más.
El grupo lo dirigía la madre Ana de Jesús,
que se unió junto a otras monjas de Beas.

En Granada encontraron muchas dificultades.
La más importante fue
que el arzobispo no autorizaba la creación del monasterio.
Le preocupaba que las monjas vivieran en la pobreza,
pues no tenían ingresos ni dinero fijo,
y debían vivir solo con la ayuda y caridad de otras personas.
Además, era una época de escasez y hambre en Granada.

A pesar de todo, las monjas recibieron el apoyo y la ayuda
de doña Ana de Peñalosa,
una viuda que vivía en la ciudad con su hermano,
don Luis, del que se hizo muy amigo fray Juan.
También les ayudaron
los frailes del convento de Los Mártires.

Al final, consiguieron el permiso
para crear el nuevo convento.

Pero surgió otro problema:
la casa que iban a alquilar ya no estaba disponible.

Mientras solucionaban este problema
y encontraban otro lugar para crear el monasterio,
doña Ana acogió a las hermanas en su casa
durante siete meses.
Pero en casa de doña Ana no cabían todas,
así que la madre Ana de Jesús
envió de vuelta a su convento a dos monjas
que habían hecho un largo y duro viaje
para llegar hasta allí.
Hubiera sido más fácil
mandar de vuelta a las monjas de Beas.
Pero ella misma las había llevado allí,
en contra de los deseos de Teresa y Gracián.

Teresa de Jesús se enteró de todo esto,
y escribió una carta a la madre Ana de Jesús,
en la que mostraba su enfado hacia ella,
por no seguir sus indicaciones
y por no informar a Gracián como era su obligación.
Teresa quería que fray Juan también leyera la carta,
porque en parte lo hacía responsable
de todo lo que había pasado.

A pesar de todo, la fundación siguió adelante.
En agosto de 1582 consiguieron alquilar una casa.
Y años después, en 1584,
las monjas se trasladaron a un monasterio definitivo
en las "Casas del Gran Capitán".

Mientras tanto, fray Juan vivía en Granada.
Desde marzo de 1582,
era prior del convento de Los Mártires,
es decir, el responsable de la comunidad.

Su primer cargo como prior en ese lugar duró dos años.
Después, le renovaron el cargo de nuevo.
Al final, aunque se nombró a otro prior
para el convento de Los Mártires,
Juan siguió allí como vicario provincial de Andalucía.
En 1587, Juan de la Cruz
fue elegido otra vez prior de Granada.
Al principio no quiso aceptar el cargo,
pero insistieron tanto, que tuvo que aceptarlo.

Juan de la Cruz permaneció en Granada hasta 1588,
época en la que viajó a Madrid
para asistir a la primera reunión general
de la Orden de los Carmelitas Descalzos.

El papa Sixto V había autorizado a los carmelitas descalzos
a nombrar un vicario general
y a dividir la única provincia que tenían hasta entonces.
Así se creó una nueva organización
llamada "Congregación de los Descalzos".
Y pidió que se celebrara una reunión lo antes posible.

Así se creó una nueva orden.
Nombraron al padre Doria su responsable principal.
Y eligieron a Juan de la Cruz como uno de los definidores.
Los definidores eran miembros de la orden,
que ayudaban al superior general en las tareas de gobierno.
La sede de la nueva orden se estableció en Segovia.

La nueva congregación estaba formada por cinco provincias.
Juan de la Cruz siguió siendo prior en Granada
hasta marzo de 1589.
Ese mismo año se fue a vivir a la comunidad de Segovia.

La época en la que vivió en Granada
fue muy buena para fray Juan.
Escribió la mayor parte de sus obras,
ocupó importantes cargos en el gobierno de la orden,
creó conventos
y ayudó a frailes y monjas.

En esos años,
los carmelitas descalzos y las carmelitas descalzas
estaban creciendo mucho en Andalucía.
Como vicario del padre Gracián,
Juan de la Cruz se encargó
de la creación de nuevos conventos y monasterios
y ayudó a fundar conventos como el de Málaga,
o como el de Córdoba,
el cual ayudó a construir con sus propias manos.

Además, participaba en las ceremonias
en las que nuevos hermanos y hermanas
entraban en la vida religiosa.
Para ello viajaba por muchos lugares,
como Beas, Caravaca, Sevilla, Córdoba y Málaga.

También visitaba conventos y monasterios.
Allí tenía que resolver diferentes problemas
relacionados con la vida de los frailes y las monjas.
Algunos de estos problemas eran complicados.

Uno de ellos ocurrió en Almodóvar.
Los frailes habían recibido una herencia,
pero después apareció otro testamento de la misma persona
en el que dejaba la herencia al sacerdote de la iglesia.

La situación no estaba clara.
Los frailes querían acudir a los tribunales
para defender sus derechos,
pero Juan de la Cruz prefirió renunciar a la herencia
para evitar conflictos y mantener la paz.

Mientras caminaba durante sus viajes,
le gustaba disfrutar de la naturaleza
y recitar textos de la Biblia.
Uno de sus preferidos era el capítulo 17
del Evangelio de San Juan.

Cuentan que, en sus viajes,
Juan de la Cruz realizó muchos milagros
y hechos sorprendentes,
que no tenían explicación.
Pero también,
resolvía muchos problemas de la vida diaria.
Lo hacía con prudencia,
paciencia y amabilidad,
aunque también con la firmeza necesaria
cuando era preciso.

En una ocasión,
en una venta (posada) de Benalúa, cerca de La Manchuela,
Juan de la Cruz se encontró a dos jóvenes
que estaban peleándose con cuchillos.
Sin dudarlo, lanzó con gran habilidad
un sombrero entre ellos para interrumpir la pelea.
Así, sin utilizar ningún hecho extraordinario
consiguió detenerlos.
Después les habló
y les pidió que resolvieran sus problemas
de forma pacífica.
Según cuentan,
los dos jóvenes terminaron reconciliándose
y se dieron un abrazo.

Como prior del convento de Los Mártires,
o como vicario que vivía allí,
Juan de la Cruz dirigía la comunidad
con amabilidad y cercanía.
Sin embargo, consigo mismo era muy exigente
y practicaba duras penitencias y privaciones.


VENTA DE
BENALÚA

Juan de la Cruz se sentía a gusto entre los frailes.
Le gustaba hablar con ellos y con los novicios
y convivir como uno más de la comunidad,
de forma sencilla y sin dar importancia
a los cargos o las apariencias.

Además, ayudaba a los demás en su vida espiritual.
Les dirigía breves enseñanzas,
y les daba consejos y palabras de ánimo.
Tenía una gran capacidad
para escuchar y acompañar a las personas.
Sabía ponerse en el lugar de los demás,
ayudándoles a recuperar la esperanza
y a superar preocupaciones, tentaciones
o momentos de tristeza.

Juan de la Cruz
también compartía su vida y su espiritualidad con las monjas.
No solo se preocupaba
por las carmelitas descalzas de Granada,
sino también por las de Jaén,
con las que ya tenía amistad,
y por las de Caravaca y Málaga.

Parece que escribió muchas cartas a lo largo de su vida,
aunque no tantas como Santa Teresa.
Sin embargo, hoy se conservan muy pocas.

Muchas historias cuentan la gran bondad de Juan de la Cruz.
Ayudaba a los frailes que estaban enfermos
o tenían alguna necesidad.
También trataba con mucho respeto y cariño
a las personas pobres de la ciudad.
Quería que se atendiera a todas las personas
que llamaban a la puerta del convento pidiendo ayuda.
Algunas veces incluso iba él mismo
a los barrios más humildes de Granada
para buscar a personas necesitadas y ayudarles.
Como era una persona sencilla y humilde,
comprendía bien las dificultades de los más pobres.

Además, como responsable del convento de Granada,
realizó muchas obras para mejorar los edificios y la iglesia
y además diseñó y construyó un **acueducto**[27]
para llevar agua al convento.

---

27 Un acueducto es una construcción que sirve para llevar agua de un lugar a otro. Suele estar formada por canales o tuberías que transportan el agua, a veces, sobre grandes arcos de piedra.

Mientras estaba en Granada,
Juan de la Cruz recibió la triste noticia
de la muerte de Teresa de Jesús
el 4 de octubre de 1582.

Juan de la Cruz admiraba mucho a Teresa de Jesús.
La recuerda con cariño y respeto
y reconoce su gran sabiduría espiritual.
Deseaba que se publicaran pronto los libros que ella escribió
para que otras personas pudieran leerlos.

La etapa de Juan de la Cruz en Granada
fue muy importante por tres motivos.
Primero, porque allí terminó, casi por completo,
sus obras escritas.
Segundo, por su trabajo
en los cargos de gobierno que tuvo.
Y tercero, por las reformas que realizó en el convento
y por la ayuda y atención ofrecida a otras personas.

Estos años en Granada
son muy importantes para él.
Son años de esfuerzo,
pero también de luz.

9. Al servicio de la orden

Con el paso de los años,
San Juan de la Cruz recibió cada vez más responsabilidades
dentro de la Orden de los Carmelitas Descalzos.

Sabemos que desde 1589,
Juan vivió en Segovia
y formó parte del grupo que ayudaba a dirigir la orden.
Participaba en las reuniones del grupo,
incluso, algunas veces, las presidía.

Además, en su cargo de vicario
ayudaba a resolver problemas
de la vida diaria de los conventos.
Por ejemplo, aclaraba dudas sobre las celebraciones religiosas,
la oración y las normas de convivencia
de los frailes y las monjas.
Pero su trabajo no terminaba ahí.

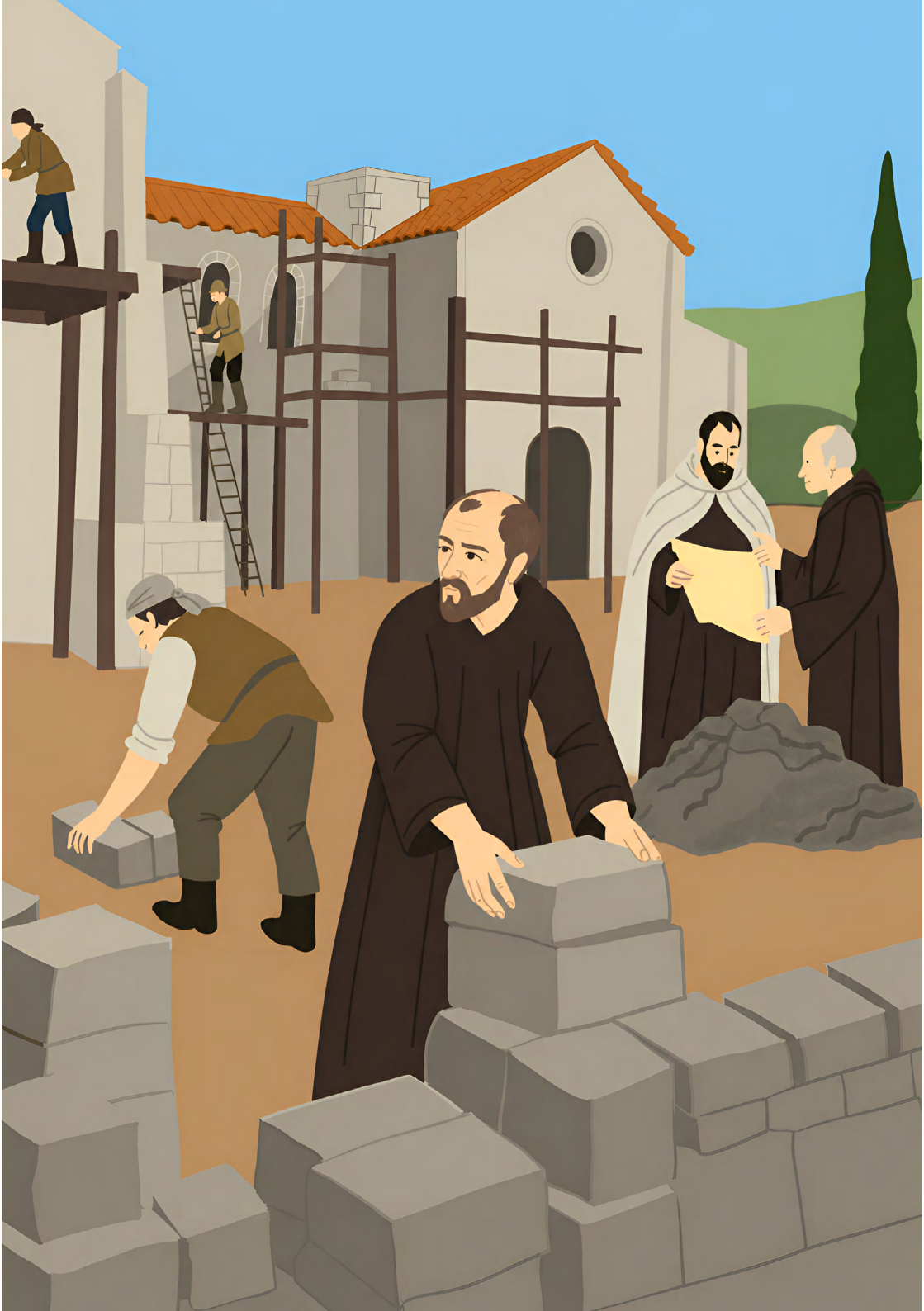
En Segovia también se ocupó
de la construcción y mejora del convento
donde vivían los frailes.
El edificio necesitaba muchas reformas.
Había que ampliar algunos espacios,
mejorar la iglesia y preparar los terrenos cercanos.

San Juan trabajó con mucho interés en estas tareas.
No solo organizaba las obras,
también colaboraba con sus propias manos.
Se puede decir que fundó de forma oficial el convento.

Sus compañeros lo recordaban trabajando con alegría
entre piedras, madera y materiales de construcción.
Gracias a su esfuerzo,
el convento fue creciendo y mejorando poco a poco.
El dinero para las obras no siempre era suficiente.
Por eso, San Juan tuvo que pedir ayuda a gente adinerada,
pero, aunque hizo todo lo que pudo,
no llegó a ver terminadas todas las obras.

Durante esos años
también siguió dedicando tiempo a la oración
y a los frailes descalzos.
Las personas que convivieron con él recuerdan su cariño,
su cercanía y su preocupación por los demás.

Su hermano Francisco
visitaba a menudo el convento de Segovia.
Juan siempre lo recibía con alegría.



Además, durante las tardes de verano,
enseñaba a un grupo de jóvenes de Segovia
el significado de algunos textos religiosos
y compartía con ellos sus conocimientos.
Lo hacía con tanto entusiasmo y pasión,
que varios de aquellos jóvenes
decidieron hacerse carmelitas descalzos.
Otros siguieron caminos diferentes en la vida,
pero siempre recordaron con cariño sus enseñanzas.

Así transcurrieron aquellos años:
trabajando, ayudando a los demás, rezando
y sirviendo a su comunidad con sencillez y dedicación.

Aunque en aquellos años
hubo muchos momentos buenos,
también aparecieron algunas dificultades.
Dentro de la Orden de los Carmelitas Descalzos
surgieron desacuerdos entre algunos de sus responsables.
Uno de ellos era Jerónimo Gracián,
un importante colaborador de Teresa de Jesús.
Y el otro era Nicolás Doria,
que ocupaba un cargo de gobierno en la orden.

Gracián fue esencial en el impulso de la reforma de Teresa
en los primeros momentos.
El pensamiento de Teresa era que los frailes y monjas
debían vivir su fe de forma humana, flexible
y con libertad para organizar su vida.
Pero esto no gustaba a los frailes
que creían que la vida religiosa debe ser estricta y rigurosa.

Doria pensaba como estos frailes
que la vida de los descalzos debía ser más tradicional
y las monjas debían depender de los hombres.

Aunque con ideas diferentes,
al principio trabajaron juntos,
pero más tarde, Doria trató de cambiar
el estilo de la vida y reglas de las monjas.
Y Gracián se puso contra él.

Al principio, Juan de la Cruz
apoyó las decisiones de sus superiores.
Por eso permaneció cerca de Nicolás Doria,
que era el responsable principal de la orden.
Durante un tiempo observó los conflictos
sin intervenir demasiado.

En 1590, apoyadas por Gracián,
las monjas consiguieron que el papa Sixto V
ordenara que las monjas
debían continuar con el estilo de vida
que estableció Teresa de Jesús
y que no podía modificarse.
Además, serían gobernadas por el vicario general,
en ese momento, fray Juan.

Doria se enfadó mucho
y organizó una reunión en Madrid
en la que se decidió que las monjas
fueran gobernadas por el Papa.
Esto molestó a fray Juan,
que dejó de apoyar a Doria para apoyar a las monjas.
En ese momento, Doria pensó
que fray Juan estaba implicado en la petición a Sixto V.

Después de esto,
Juan de la Cruz no podía visitar a las monjas,
pero fue a Cuerva en busca de la hermana de Gracián,
para avisarle de que creía que Doria
estaba pensando en expulsar a su hermano de la orden.
Fray Juan tenía claro que Gracián no era culpable de nada,
por eso decidió defender lo que consideraba correcto.

Así que Juan de la Cruz escribió cartas
a sus compañeros del grupo de gobierno de la orden
para contarles lo que estaba pasando.
Su amigo Juan Evangelista lo animó a no enviarlas
pues sabía que tendría malas consecuencias para él.
Pero fray Juan se negó,
era su deber hacerlo,
debían conocer la verdad.

Al final, Nicolás Doria ganó el conflicto.
Anuló la orden del Papa,
y volvió a tener el control de los monasterios de las monjas.

Jerónimo Gracián fue expulsado de la orden.

Varias monjas también sufrieron momentos muy dolorosos.
Entre ellas estaba María de San José,
una gran amiga y colaboradora de Teresa de Jesús.
Todavía se buscan sus restos
en el monasterio de Cuerva,
donde murió olvidada y despreciada
incluso por las monjas.

San Juan de la Cruz
también sufrió las consecuencias de sus decisiones,
como ya lo avisó Juan Evangelista.
Le quitaron todos los cargos de responsabilidad que tenía.
Y aunque durante un tiempo pensaban enviarlo a México,
al final fue destinado al convento de La Peñuela,
en Andalucía.
Para muchas personas aquello fue como un castigo.
Sin embargo, Juan aceptó la situación con serenidad.

Su buena amiga Ana de Peñalosa,
que tenía buena relación con el general de la orden,
consiguió que ofrecieran a San Juan
regresar a Segovia como vicario,
pero San Juan no quiso aceptar, estaba ya cansado.

En aquellos momentos
recibió cartas de frailes y monjas que se preocupaban por él.
San Juan les respondía con esperanza.
Decía que Dios conoce lo que cada persona necesita
y que siempre actúa en nuestro bien.

Así comenzó la última etapa de su vida.
Una etapa marcada por la sencillez,
la paz interior y la confianza en Dios.

10. De nuevo en Andalucía: los últimos días de Juan de la Cruz

El 19 de agosto de 1591,
Juan de la Cruz escribió una carta a Ana de Peñalosa.
En esa carta contaba que trabajaba en el campo.
Recogía garbanzos y estaba contento.
Decía que se sentía más feliz y libre entre garbanzos
que en cualquier espacio de poder o decisión,
en el que solo importaban los triunfos.
Estaba cansado de los privilegios, las peleas, las intrigas…
Le parecían absurdas las luchas de poder,
incluso dentro de la vida religiosa,
que más que enfadarlo, le parecían aburridas.

Ahora lejos de todo eso,
por fin vivía en la tranquilidad de la soledad,
una soledad en la que se dejaba guiar por Dios.

En aquellos días,
un religioso llamado Diego Evangelista,
nuevo miembro del grupo que dirigía la orden
y al que Juan de la Cruz había tenido que regañar
en alguna ocasión,
comenzó a hablar mal de él.

Se inventaba mentiras sobre fray Juan,
y con amenazas conseguía que algunas personas
las confirmaran.

Muchas monjas y frailes tenían miedo
de que se utilizaran cartas de Juan de la Cruz
para perjudicarlo.
Por eso destruyeron algunas cartas y objetos suyos.

Sin embargo,
Juan de la Cruz no se preocupó demasiado.
Estaba dispuesto a corregir
cualquier error que hubiera cometido
y a obedecer las decisiones de sus superiores.

Lo cierto es que
los documentos preparados por Diego Evangelista
se guardaron en el archivo general de la orden,
hasta que Elías de San Martín,
que había sido elegido general de la orden,
mandó quemarlos.
Y castigó a Diego Evangelista
por haberse excedido en sus funciones.

Mientras tanto,
la salud de Juan de la Cruz empeoraba.
En una carta que escribió el 21 de septiembre de 1591
a su amiga Ana de Peñalosa,
contaba que como llevaba más de ocho días con fiebre
y no se le quitaba,
iba a ir a Úbeda para que lo viera el médico.
Pero que luego volvería a su convento,
porque en esa soledad se encontraba muy bien.

Durante el viaje ocurrió algo,
que algunas personas consideraron un milagro.
Juan llevaba todo el camino desganado,
no quería comer nada.
El fraile que lo acompañaba, preocupado,
le preguntó si tenía algún antojo (capricho),
algo que le apeteciera mucho,
y Juan contestó que, si los hubiera,
le apetecía comer espárragos.
No era la época de espárragos,
pero para sorpresa del fraile,
como si fuera un milagro,
encontró unos cerca de un puente.
Juan se alegró mucho
y pidió que dejaran unas monedas en aquel lugar.

Juan de la Cruz llegó a Úbeda
el 28 de septiembre por la tarde.
Muchos frailes de Úbeda habían sido alumnos suyos
y lo recibieron con cariño.
Pero el superior del convento, Francisco Crisóstomo,
que vivió con Juan en Granada,
lo trató con frialdad y dureza,
quizás porque Juan lo envió a Almodóvar
cuando fue vicario en Andalucía.

Juan de la Cruz llegó a Úbeda con una infección en un pie,
que fue extendiéndose por la pierna
y después por la espalda.
Tenía fiebre alta y mucho dolor.
Y le empezaron a salir graves heridas en la piel,
que además de ser muy dolorosas
eran muy difíciles de curar.

Los tratamientos eran dolorosos y poco efectivos,
por lo que apenas mejoraban su estado.
Con el paso de los días,
veían que San Juan no mejoraba,
así que los frailes comprendieron
que la enfermedad era muy grave
y empezaron a dudar de que la pudiera superar.

Entonces avisaron al vicario,
el padre Antonio de Jesús,
que fue a Úbeda para acompañarlo.

La noche del 13 de diciembre de 1591,
los frailes se reunieron
junto a la cama de Juan de la Cruz.
Estaba muy enfermo y cerca de la muerte.

En ese momento, ocurrió algo inesperado.
Francisco Crisóstomo se acercó a él
y entre lágrimas,
le pidió perdón por haberlo tratado mal.

Juan respondió con amabilidad,
disculpándose por no poder casi hablar
pues tenía muchos dolores.

Entre susurros recitó algún salmo
y los frailes comenzaron a rezar junto a él.
Juan pidió que le leyeran algunos versos
del libro bíblico llamado *Cantar de los Cantares*.

Poco después sonaron las campanas
de la iglesia de El Salvador de Úbeda.
Eran las doce de la noche.
Cuando le dijeron la hora, Juan exclamó:
—¡Gloria a Dios, que al cielo los iré a decir!
Poco después murió.

Tenía 49 años.
Había dedicado toda su vida a buscar la unión con Dios
y a enseñar ese camino a otras personas.
Después de su muerte,
muchas personas acudieron a verlo.
Lo consideraban un hombre santo.
Algunas personas guardaron recuerdos suyos como tesoros.
Por ejemplo, conservaron trozos de ropa,
vendas o algunos cabellos.

Sin embargo, la orden tardó muchos años
en comenzar de forma oficial
el proceso para declararlo santo.
Con el tiempo,
se escribieron varias historias sobre su vida.
Quien sí se preocupó por Juan de la Cruz
fue su gran amiga Ana de Peñalosa,
que consiguió que sus restos se llevaran a Segovia,
donde descansan en la actualidad.


INRI

Después de su muerte,
muchas personas
contaron hechos extraordinarios y curaciones
que pensaban que se habían producido gracias a él.
Incluido un encuentro,
según cuenta Miguel de Cervantes en su novela,
con don Quijote de la Mancha
y su fiel escudero Sancho Panza,
cuando llevaban su cuerpo de Úbeda a Segovia.

Con los años, su fama fue creciendo.
Juan de la Cruz fue **beatificado**[28] en 1675.
Fue canonizado, es decir, declarado santo, en 1726.
Y más tarde fue nombrado Doctor de la Iglesia
por la importancia de sus escritos y enseñanzas.

Fue complicado publicar sus obras,
pero muchas personas las han leído y comprendido
con el paso de los años, gracias, sobre todo,
a los estudios que se han realizado sobre él.
Pues han ayudado a descubrir la verdadera historia
de San Juan de la Cruz.

---

28 Beatificar es reconocer de forma oficial
que una persona fallecida vivió de forma ejemplar según la fe cristiana,
convirtiéndose en un ejemplo para otras personas.
Las personas creyentes pueden admirarla y pedir su ayuda mediante la oración.

Hoy se le recuerda como un gran poeta, escritor,
maestro espiritual y hombre de profunda fe.
Sus obras se siguen leyendo en muchos lugares del mundo.
Gracias a ellas,
muchas personas conocen mejor su vida,
su pensamiento y su experiencia de Dios.

¿Y Juan, mientras tanto?
¡Quién sabe si no estará recitando estos y otros versos!
"Que nadie lo miraba;
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía".

Estos versos quieren decir
que ya no hay obstáculos,
preocupaciones ni enemigos
que separen al alma de Dios.
Todo está en calma y en paz.
"Aminadab" representa las fuerzas
que antes se oponían a esa unión.
El "cerco" simboliza los miedos y peligros
que rodeaban al alma.
La "caballería" representa las inquietudes y luchas interiores.

Al final, todo desaparece y se tranquiliza.
El alma descansa de forma plena en Dios y vive en armonía, como quien contempla unas aguas tranquilas.

Los escritos y enseñanzas de San Juan

Recuerda que San Juan de la Cruz
estuvo preso en una pequeña cárcel de Toledo.
Allí vivió momentos muy difíciles.
Estaba solo, pasaba miedo
y sentía que todos lo habían abandonado.

Un día pidió un poco de papel y tinta
para escribir todo lo que pensaba y sentía allí.
En aquella celda oscura,
creó algunos de sus poemas más conocidos.
Entre ellos estaban las coplas que comienzan así:
"¿Adónde te escondiste, Amado,
y me dejaste con gemido?"

Estos versos lo ayudaban a expresar su tristeza,
pero también su esperanza.
Eran una forma de buscar a Dios
y de sentirse acompañado
en medio del sufrimiento.
Cuando salió de la cárcel,
compartió sus escritos con las monjas carmelitas.

En el convento de Beas de Segura
dejó un pequeño cuaderno
con los poemas y textos
que había escrito en la prisión.
Ellas los copiaron y los conservaron con mucho cariño.

En esos escritos aparecen temas
que fueron muy importantes para San Juan de la Cruz:
la oscuridad y la luz,
la soledad y la compañía,
el dolor y el consuelo,
la búsqueda de Dios y el encuentro con Él.

Con el paso del tiempo,
San Juan descubrió
que sus poemas podían ayudar a otras personas.
Por eso los leía, los explicaba
y hablaba sobre ellos con las monjas.
Sus palabras nacieron en una cárcel,
pero llegaron muy lejos.

A través de sus versos quiso mostrar que,
incluso en los momentos más difíciles,
siempre es posible encontrar esperanza, luz y amor.

Después de salir de la cárcel,
San Juan de la Cruz siguió escribiendo y enseñando.

En esos años escribió
algunos de sus poemas más importantes,
como *Noche Oscura*,
que trata sobre el doloroso pero necesario
proceso de purificación y transformación
por el que pasa el alma
para alcanzar la unión perfecta con Dios.

También escribió pequeños consejos
para ayudar a las monjas en su vida espiritual
como las *Cautelas*.
Son frases breves, pero llenas de sabiduría.
Con pocas palabras quería transmitir enseñanzas
para defenderse de los tres enemigos del alma:
el demonio, el mundo y uno mismo.

San Juan sabía que había ideas difíciles de explicar
solo con palabras, por eso utilizó también dibujos.
Uno de los más conocidos es el *Monte de la Perfección*,
un esquema que muestra el camino hacia la unión con Dios.
Muchos frailes y monjas conservaron copias de este dibujo
para recordarlo y meditar sobre él.

San Juan de la Cruz también usó mucho
frases breves, una especie de avisos,
que expresaban ideas importantes
para enseñar su manera de vivir la fe.
Se conservan muchas de estas frases
y él debió escribir más de un cuaderno con ellas.
Uno de ellos, que ha llegado hasta nuestros días,
es el *Manuscrito de Andújar*,
conocido como *Dichos de luz y amor*,
tal y como el propio Juan llamaba a estas frases.

Durante los años que vivió en Granada,
terminó muchas de las obras que comenzó en Baeza.
Obras que nacieron de sus charlas
y de los diálogos y encuentros
que tenía con monjas y frailes.

Uno de los primeros trabajos que terminó en 1584
fue la explicación del poema *Cántico Espiritual*.
En esta obra describe el encuentro amoroso
entre el alma y Dios
utilizando un lenguaje lleno de belleza y símbolos.
En 1586,
fray Juan volvió a organizar sus estrofas
para transmitir mejor sus enseñanzas.

También escribió comentarios
sobre el poema *Noche Oscura*.
En ellos explica que para unirse con Dios
es necesario deshacerse de lo temporal y las apariencias
y conseguir la purificación del espíritu, es decir,
desnudar el alma para conseguir la verdadera unión.

Para San Juan de la Cruz,
el camino espiritual consistía
en aprender a vivir con el corazón libre,
dejando a un lado todo aquello
que nos impide amar de forma plena.

Su último gran comentario
es al poema *Llama de Amor viva*,
que se cree que terminó en 1584 y en el que describe
el grado más alto de unión del alma con Dios.

Así que la obra de San Juan de la Cruz
que ha llegado hasta nosotros
está formada por textos breves
como poesías, avisos, consejos y dibujos.
Y también obras más largas
como los comentarios a sus poesías,
y las 33 cartas que escribió el fraile.

Gracias a todos estos escritos,
hoy podemos conocer mejor su pensamiento
y su experiencia espiritual.

A veces, sus textos pueden parecer difíciles
porque fueron escritos hace más de cuatrocientos años.
Algunas palabras ya no se usan igual
y su forma de explicar las cosas es diferente a la nuestra.
Además, parece que algunos de los temas que trataba
no tienen relación
con nuestras preocupaciones actuales.
Sin embargo, el mensaje de San Juan sigue siendo actual.
Habla de temas que todas las personas conocen:
el amor, la esperanza, la búsqueda de sentido,
el sufrimiento, la alegría y el deseo de ser mejores personas.
Por eso no hay que tener miedo a leer sus obras.

Lo mejor para leer su obra
es comenzar por sus poemas
y seguir por las cartas y sus textos breves,
antes de leer sus obras y textos más largos.
El propio San Juan animaba a hacerlo con paciencia.
Decía que algunas ideas pueden parecer difíciles al principio,
pero que poco a poco se comprenden mejor.

San Juan de la Cruz nos habla en su obra
de algo muy importante:
el valor de cada persona
y el amor que da sentido a la vida.
Para él, el ser humano nace del amor de Dios.
Un amor que existía antes de que comenzara
el tiempo que conocemos.
Pero el ser humano está un poco perdido,
y busca la felicidad y el amor
en cosas con las que no conseguirá sentirse completo.
Solo sentirá el alma llena
con el amor del mismo Dios que lo ha creado.

Sin perder la esperanza,
el ser humano sigue buscando su felicidad
y un día se dará cuenta
de que es Dios quien lo busca,
quien lo ama de forma incondicional.
Y ese amor lo hará libre.
Cuando una persona se siente querida de esa manera,
aprende a dejar atrás aquello que le hace daño
o le impide amar.
Y entonces puede sentir
la unión pura y divina con Dios.

Por eso las palabras de San Juan de la Cruz
siguen emocionando hoy.
Nos hablan de esperanza, de libertad y de amor.
Nos recuerdan que cada persona tiene un gran valor
y que nunca deja de ser buscada y querida por Dios.

La vida de San Juan



1542 - Nace en una familia humilde en Fontiveros (Ávila).



Del colegio de los doctrinos - **1559** se va al colegio de los jesuitas en Medina del Campo (Valladolid).



1563 - Ingresa en la Orden de los Carmelitas, en Medina del Campo. Empieza a llamarse Juan de Santo Matía.

Comienza a estudiar teología - **1564** en la Universidad de Salamanca.



1567 - Conoce a Santa Teresa de Jesús.

Se une a la reforma - **1568** de Santa Teresa en Valladolid. Empieza a llamarse San Juan de la Cruz.



Es confesor - **1572**
de las monjas del monasterio
de la Encarnación (Ávila).

Crea el primer convento
de los carmelitas descalzos
en Duruelo (Ávila).



1577 - Lo encierran
en la cárcel conventual
de Toledo.

Participa en la creación - **1582**
de un nuevo monasterio
en Granada.



Lo envían
al convento de "La Peñuela"
en Andalucía.
Última etapa de su vida
de paz y sencillez,
en la que trabaja en el campo.

Muere en Úbeda - **1591**
a los 49 años.

San Juan de la Cruz nace en 1542,
en Fontiveros, un pequeño pueblo de Ávila.
Su infancia está marcada por la pobreza
y las dificultades que vive su familia.

De joven se hace religioso carmelita y conoce a Teresa de Jesús,
con quien comienza una nueva forma de vida religiosa
basada en la sencillez, la oración y el amor a Dios.
Junto a ella impulsa la reforma del Carmelo
y ayuda a fundar los Carmelitas Descalzos.
Pero su camino no será fácil.
Vivirá conflictos, persecuciones y un tiempo en la cárcel,
experiencias que inspirarán sus grandes obras.

Una historia de fe, lucha y superación
que nos descubre la vida y el legado
de uno de los grandes santos y poetas
de nuestro país.



dilee lectura fácil
Sociedad Cooperativa Especial
LF
Universidad Internacional de Andalucía
Huellas Vereda de Jesús